

# HERMANN HESSE LECTURAS PARA MINUTOS

2



de

La favorable acogida, inesperadamente entusiasta y amistosa, que ha hallado entre los lectores la antología de Hermann Hesse *Lecturas para minutos* expresión quintaesenciada de su pensamiento y experiencia, ha movido a confeccionar un segundo tomo.

También esta vez han sido principalmente las cartas de Hermann Hesse las que han ofrecido el más variado muestrario de textos lacónicos e incisivos. Numerosos extractos de artículos

suelos, de crítica y ensayo, diseminados en diarios y revistas y no recogidas hasta ahora en forma de libro, así como algunas adiciones de las novelas y cuentos de Hesse considerados en la primera parte de *Lecturas para minutos*, vienen a completar este volumen.

Se ha mantenido la articulación temática no sólo por razones de unidad formal, sino porque la anterior distribución conserva su validez para el nuevo fondo acumulado. Así, junto a los pensamientos sobre la propia especialidad, la situación y el

quehacer de artista como individuo marcado y comprometido al máximo, aparecen también aquí reflexiones sobre política y sociedad, en proporción cuantitativa casi equivalente, pues estos campos para Hesse no se excluyen en modo alguno sino que se condicionan mutuamente. Su obra poética es —según hemos comprobado cada vez con más claridad en el curso de nuestras ediciones póstumas— reflejo exacto, traducido a imagen, de un intelecto agudo y crítico que se ha expresado en casi 35 000 respuestas a cartas y en una obra

de crítica cultural y contemporánea lamentablemente poco conocida y considerada, pues hasta hoy sólo pudo aparecer alrededor de la décima parte en forma de libro.



Hermann Hesse

# **Lecturas para minutos, 2**

ePub r1.0



Título original: *Lektüre für Minuten 2-  
Gedanken aus seinen Büchern und  
Briefen*

Hermann Hesse, 1975

Traducción: Manuel Olasagasti

Selección de textos: Volker Michels

Retoque de cubierta: JeSsE

Editor digital: JeSsE

ePub base r1.2





ANIVERSARIO  
E P U B L I B R E

*“Sólo el que sabe es libre,  
y más libre el que más sabe...  
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,  
sino dad alas;  
no la de pensar,  
sino dad pensamiento.*

*La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”*

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG



# Política

El orden futuro será tanto más sólido cuanto más nos sacrifiquemos *hoy* por él.

(1)

Al estadista que todavía hoy hace política internacional a base de programas inspirados en un estrecho nacionalismo, que aún no ha escuchado la voz de la humanidad, debíamos plantarle en la calle antes de que por su estulticia siga la sangría de millones.

(2)

Todo el mundo es militante y está en pie de guerra, dispuesto a encarcelar o matar al adversario. Basta que alguien hable de espíritu de conciliación, tolerancia y fraternidad para tener en contra todos los frentes, desde el capitalismo americano a Stalin, desde el cura protestante al cura católico. No es nada nuevo.

(3)

Cultivar el miedo a la guerra es un viejo ardid de gentes para las que la guerra significa un buen negocio.

(4)

La guerra la hacen gentes a las que es indiferente la vida de los demás. Hacen sus guerras con los bienes, la sangre y la vida de otros, y les importa un bledo lo que nosotros pensemos y lo que tengamos que sufrir.

(5)

Una de las calamidades de las épocas de guerra es que vuelven despreciable todo lo privado y al mismo tiempo hacen ver a las personas, con tanta mayor claridad, cuán vacía y pobre resulta la vida sin esta esfera privada.

(6)

Cuando un general o un dictador se pone

un rato a pensar mientras hace la digestión, todo el falso esplendor de la filosofía de la historia acude a glorificar sus hechos.

(7)

Yo me mantengo muy lejos de toda filosofía de la historia y me guardo bien, en particular, de atribuir un «sentido» a las guerras y demás atrocidades. Pero sigo creyendo en el hombre, en que es capaz de lo bueno y de lo malo, capaz de salir de todos los desvaríos y volver a la razón y a la bondad.

(8)

Si reconocéis la guerra, no como algo

que viene de fuera, sino provocado y querido por vosotros mismos, estáis ya en el camino de la paz.

(9)

También en épocas pasadas, supuestamente mejores, los poderes de la codicia y la imbecilidad han influido sobre la historia universal en mayor medida de lo que la mayoría de los historiadores reconoce.

(10)

Es extraño con qué exactitud funcionan las leyes morales de la historia. Una indecente plenitud de poderes corrompe a los hombres invariablemente.

(11)

El mundo se apaga por la frialdad y brutalidad de quienes lo rigen.

(12)

En todas las naciones hay algunas personas verdaderamente humanas que viven en una intimidad demasiado estrecha con la naturaleza o con el espíritu para poder pensar a escala nacional. Yo pertenezco a esta exigua minoría.

(13)

Por haber mantenido la cabeza fría, uno se hizo sospechoso y hasta fue odiado

por los miles de personas que en el verano de 1914 vivieron la gran borrachera. Uno no pudo compartir la borrachera porque conocía, desde mucho tiempo atrás, la vida en comunión suprapersonal (que aquéllos sintieron entonces por vez primera en forma atroz). Pero la turbia llama del patriotismo es en sí valiosa, buena y noble. Se asemeja al primer amor, una experiencia que conmociona y despierta al alma. El que se detiene ahí, se empobrece. No hay que detenerse, también el patriotismo (una forma de amor infantil) puede ser escalón y antesala para la idea de humanidad.

Por nacionalismo entiendo ese nivel de conciencia nacional donde la idea de fraternidad de todos los hombres corre peligro de quedar avasallada por el patriotismo.

(15)

El gusto por el heroísmo está permitido, según mi sentir, a aquellos que arriesgan la propia vida; en los demás es un espejismo e incluso una zafiedad que a mí me avergüenza y me molesta.

(16)

Todas las actitudes heroicas son represiones, defensas.

(17)

De las diferentes aureolas con las que el hombre puede disfrazar su egoísmo (imaginando que de ese modo lo sublima), yo considero las ideas nacionalistas y patrióticas como las menos nobles: el nacionalismo como religión o sustituto de religión me parece bien para pueblos religiosos, para los demás se me antoja una degradación.

(18)

El europeo se ha comportado siempre frente al mundo más o menos, como los prusianos frente a Europa: ha sido el prusiano del mundo.

(19)

En nuestro tiempo, la idea de que Europa como futura unidad ideal pueda significar algo así como una etapa previa para una humanidad unificada es rechazada enérgicamente, al igual que todo cosmopolitismo, y queda relegada al reino de los sueños poéticos. Estoy de acuerdo pero yo creo en muchos de los sueños poéticos, y la idea de la unión de toda la humanidad no la considero en absoluto un bello sueño de ciertos nobles espíritus como Goethe, Herder o Schiller, sino una vivencia del alma y, por tanto, lo más real que puede darse. Esta idea e incluso el fundamento de

todo nuestro sentir y pensar religioso. Toda religión superior y dinámica, toda cosmovisión artística y creadora tiene como uno de sus principios fundamentales la creencia en la dignidad y el destino espiritual del hombre.

(20)

En lo tocante a la actitud del hombre frente a la política, el funcionario estatal que «no quiere saber nada de política» es, a mi juicio, un parásito, y el soldado que arrasa un país y dispara a diario sobre las personas y, al hacerlo, piensa sólo en heroísmos y honores militares y jamás en la sangre vertida y las ciudades destruidas un irresponsable y peligroso.

La mayoría de los funcionarios y soldados son y piensan así, y poco pueden echarse en cara unos a otros.

(21)

Un fanático convertido, que primero fue patriota y combatiente apasionado y ahora es revolucionario e internacionalista también apasionado, me resulta más simpático que quien mira a uno y otro con tibieza y con moderada indiferencia.

(22)

Mejor es la desesperación que el torpe miedo del burgués, quien sólo se acuerda del heroísmo cuando ve

amenazado su bolsillo.

(23)

Todo dinero es robado, toda posesión es injusta.

(24)

Una acusación no queda anulada por el mero hecho de que no pueda ser demostrada jurídicamente.

(25)

Yo estoy siempre a favor de los oprimidos y en contra de los opresores, a favor de los acusados y en contra de los jueces, a favor de los hambrientos y en contra de los hartos.

(26)

Yo soy en mis ideas mucho más socialista que toda la plana mayor del *Vorwärts* [«Adelante»] que desde 1914 he llamado siempre *Rückwärts* [«Atrás»], lo soy en el sentido, por ejemplo, de un [Gustav] Landauer. También creo conocer mejor a mi pueblo, amarlo más y trabajar más por él que cualquier político de partido de todo el Imperio.

(27)

Que la onda de Oriente traiga consigo los mismos métodos de terror que antes aportara la onda nacional bolchevique

no significa nada. El comunismo es contrapartida de su adversario: si el capitalismo decadente hubiera tenido fuerzas para superar la crisis y formar una comunidad a su rival le habría faltado el aire para respirar.

(28)

Lo que acontece en el mundo es que estamos asistiendo a las últimas etapas del desmoronamiento de la economía capitalista, que ya dejó atrás su período de esplendor, va perdiendo sentido y cede el terreno a lo nuevo. Probablemente lo nuevo es el comunismo, que como tal a mí no me resulta antipático. Si de la noche a la

mañana la propiedad y el derecho de herencia quedaran suprimidos en todos los países, y si el 90 por 100 de la humanidad, que hoy día pasa hambre, no estuviera ya sometida al 10 por 100 de los bien comidos, sería algo magnífico.

(29)

Yo tengo mis buenas razones para no ser ni «burgués» ni socialista, si bien en un plano puramente político el socialismo me parece la única actitud honesta... Considero esta ideología tan discutible como cualquier otra, pero en el estado de cosas actual el socialismo es la única doctrina que al menos hace una crítica seria de las bases equivocadas de

nuestra sociedad y nuestro modo de vida.

(30)

Yo no soy un tipo revolucionario, bien sabe Dios; pero si hay revolución y lucha por el poder, que sea de verdad y en serio. Y el hecho de que el comunismo alemán no parezca tener consistencia no representa una objeción contra sus objetivos. La Revolución rusa, antes de llegar Lenin, tampoco tenía consistencia y sin él se hubiera aburguesado totalmente.

(31)

Al no tener yo la función del político, es

obvio que no adaptarme a las actuales circunstancias para tomar de ellas los elementos positivos, sino mantenerme intelectualmente abierto al futuro. Y yo no puedo disociar el futuro de Alemania del futuro del mundo, como pretenden hacer los autarquistas, etc., etc., y sigo viendo una Alemania que no ha hecho su revolución, que no ha asumido ni aceptado su nueva forma de estado y está dispuesta a cualquier aventura, temiendo a la razón como al diablo.

(32)

Es lástima que Alemania no tenga un comunismo fuerte, creador. Una revolución comunista, mas no mera

copia de Moscú, me parece la única verdadera solución. Pero en nuestro país, por lo visto, sólo son fuertes los partidos que viven de espaldas al presente.

(33)

Para el futuro yo diría que Alemania tiene la tarea de inventar, entre el Soviet y el Occidente, nuevas formas de superación del capitalismo.

(34)

El que ha asumido el destino en su integridad goza de una mayor clarividencia para percibir los hechos concretos. La «buena voluntad» de que

habla el viejo oráculo religioso ayudará a nuestros pobres a soportar la pobreza y ayudará a nuestros industriales a encontrar el camino para pasar del capitalismo egoísta a la utilización desinteresada del trabajo humano.

(35)

Yo soy en las ideas tan izquierdista como el bolchevique más a la izquierda, y el resultado de la «revolución» alemana, el régimen burócrata, falso y torpe, del burgués socialista y católico, me produce náusea. Pero en mis verdaderos sentimientos no soy revolucionario, y no creo que al hombre se le haya dado el espíritu para que con

él los proletarios puedan ganarse el pan. Claro que tienen que ganarlo, y por encima de todo, pero es asunto que no incumbe a los poetas y literatos, como piensan los críticos comunistas; además, el poquito de espíritu necesario para ello lo aportó ya Marx hace alrededor de cien años.

(36)

Que al final de la era capitalista las estructuras sociales no puedan revitalizarse y sean desmanteladas por la rebelión de los que son sus víctimas es algo inevitable, y en este sentido tanto Truman como Hitler están luchando en vano. Pero el hecho de que la

participación de todos los hombres en los bienes de la tierra se haya convertido en la «dictadura del proletario» viene a demostrar como la idea puede deformarse y degenerar en abuso.

(37)

El comunismo que Marx preconizó hace ochenta años en el *Manifiesto* nada tiene que ver naturalmente con lo que hoy se proclama bajo esta bandera. Lo malo para nosotros los pensadores es que la nueva figura del comunismo reduce en gran medida las perspectivas de una forma realmente tolerable y humana de auténtico comunismo y refuerza

enormemente a todas las tendencias que se sitúan muy detrás de Marx, dándoles en apariencia la razón.

(38)

Jamás he pensado en equiparar los proyectos de Hitler, Mussolini y Franco, que son retrógrados, estúpidos y nocivos con el gran proyecto del comunismo, que es en absoluto necesario; y, sin embargo, los hombres en cuyas manos ha caído el aparato de poder del comunismo se han hecho culpables de toda clase de opresión, terror y brutalidad. Parece que al hombre sólo le queda ya una esperanza: la de poder cambiar y reformar no al mundo y a los otros, sino,

al menos y en cierta medida, a sí mismo; y en los que lo hacen descansa, en definitiva, la salvación del mundo.

(39)

Si se rompe una pieza de vieja porcelana al estallar cerca granadas de mano, ello no demuestra que las granadas de mano sean en sí más valiosas que la antigua porcelana. Pero no vamos a llorar sobre los cascotes rotos; de lo contrario cometeremos el mismo error de los generales y espartaquistas que dividen el mundo en buenos y malos y combaten a sangre y fuego al lado de los buenos.

(40)

Considero ilícito el uso de la violencia en cualquier circunstancia, aunque sea a favor del «bien».

(41)

El bando que dispone de los cañones nunca tiene razón.

(42)

Lo blando es más fuerte que lo duro, el agua más fuerte que la roca, el amor más fuerte que la violencia.

(43)

El comunismo hunde sus raíces en el siglo XIX, en el más sombrío y estéril intelectualismo de un profesorado

sabihondo, falta de fantasía y de amor. Karl Marx aprendió a pensar en esta escuela; su idea de la historia es la de un economista nacional, la de un gran especialista, pero en modo alguno es más «objetiva» que cualquier otra idea; es extremadamente unilateral y rígida. Su genialidad y justificación no descansa en su rango espiritual, sino en la decisión para actuar.

(44)

Yo no pertenezco a ningún partido, y aunque el comunismo me simpatiza personalmente más que el fascismo, no me alisto a él, como a ninguna organización que aspire a la conquista

del poder. Para mí el oficio del poeta y de intelectual consiste en promover la paz y no la lucha.

(45)

Lo que para el pensador y el crítico de la actualidad es peligroso y, en el fondo, no le está permitido: dejar informulas sus creencias, le está permitido al poeta, al errante en el mundo de imágenes, al hombre religioso sin catecismo, al piadoso sin iglesia.

Tanto la derecha como la izquierda suelen desconfiar de estos nobles espíritus para los que el amor está por encima del odio, conservar vale más que destruir, esperar más que lanzar

consignas. Hoy es frecuente ensañarse con el poeta que no quiere abandonar su parcela de trabajo y su deber, para situarse en la actualidad. Pero el poeta ejerce una función importante y sagrada: ninguna otra es más urgente en épocas convulsas y apasionadas.

(46)

Yo tengo bastantes amigos que en política profesan ideas contrarias a las mías; y entre los que en política piensan como yo, hay bastantes personas a las que no puedo tomar en serio.

(47)

Tenemos nuestra parte en el mal y en la

guerra que devasta al mundo. Y cuantas veces tomamos conciencia de esta participación, cuantas veces nos avergonzamos de ella, constatamos que los gobernantes del mundo no son demonios sino hombres, que no hacen o permiten el mal por perversidad, que obran en una especie de ceguera e inocencia.

(48)

Interesante y ardua es la lucha entre trabajadores y capitalistas cuando por ambas partes hay algo así como buena voluntad, cuando el capitalista es rico pero sin dejar de ser persona decente. Si el capitalista ha robado su dinero... la

cuestión pierde toda la seriedad, de asunto espiritual pasa a ser episodio detectivesco.

(49)

También en los temas de la vida pública y la política ocurre así: muchas veces los grandes pecados se cometen con una mayor dosis de inocencia infantil de lo que hacen suponer las diatribas de los intelectuales que se consideran la conciencia moral del mundo. Los pensadores no hemos de creemos la conciencia de los pueblos, sino que debemos compartir la injusticia y las fechorías de los que gobiernan, compadeciéndolos y sabiéndonos

culpables con ellos.

(50)

Yo no dudo de que detrás de las ideologías, más bien folletines [sobre procesos biológicos que han permanecido inconscientes] hay mucha juventud, mucha buena fe y también algo de auténtica desesperación; incluso la mayoría de los participantes son personas humanas. Por mi parte, ya no puedo interesarme, como durante la guerra mundial, por los temas de discusión, pues se llega a tales simplificaciones, entre infantiles y rígidas, que no pueden tomarse en serio, sobre todo cuando en todas partes el

suelo está lleno de víctimas que sangran por todas sus heridas, y cuya atención nos parece a las personas mayores y pasadas de moda más urgente que las competiciones juveniles de los altoparlantes... Para mí está muy claro dónde me sitúo: mi punto de vista es, como siempre, una posición solitaria, no respaldada por ningún grupo ni partido.

(51)

La suma de razón, método y organización de que está hecho lo absurdo le llena a uno de asombro, y no menos la suma de sinrazón e ingenuidad con que los pueblos hacen de la virtud y de la hecatombe ideologías. Tan bestial

y tan ingenuo es el hombre.

(52)

También yo sé que en la desgracia es más sencillo echar la culpa a los demás. Y sé asimismo, que nunca se da la culpa unilateral, tampoco en esta guerra, sino que la culpa está siempre en los dos bandos. Pero pienso que el establecer la culpa ajena no mejora en nada las cosas, pues la culpa sigue estando ahí.

(53)

Yo contemplo la posición de Alemania en el mundo de una perspectiva puramente psicológica, y me intereso de modo particular y con una cierta

crueldad por la fabulosa capacidad de los alemanes para la «represión», para la aceptación crédula de embellecimientos ideológicos de la violencia y la injusticia. Aquí, donde la debilidad e incluso degeneración del alemán se combina tan estrechamente con sus mejores cualidades, queda al descubierto, a mi entender, un trocito del tejido. La capacidad de hacer de lo más absurdo y espantoso una religión es grande entre nosotros.

(54)

El alemán es muy sentimental, y cuando su sentimentalismo se combina —cosa no rara— con la brutalidad, se hace

insoportable.

(55)

Debemos tomar muy en serio lo que es de nuestra propia responsabilidad y consideramos deber y tarea personal; lo que viene del exterior, en cambio, el destino, que cae fuera de nuestros influjos y decisiones, no necesitamos tomarlo con mayor seriedad de lo preciso y hemos de oponerle tranquilamente nuestro yo, sin dejarnos invadir. De lo contrario las personas que piensan (pocas, ciertamente) no podrían soportar la vida.

(56)

Los programas e ideologías no me interesan en absoluto, y cada vez son más simples y estúpidos. Yo no lucharé por Truman ni por Stalin, sino que voy a perecer con los millones de personas atropelladas, cuyo derecho a vivir y respirar va desapareciendo en el mundo.  
(57)

Cuando a los hombres anticuados y orientados hacia «Dios» les sale al encuentro el hombre emancipado con el arma en la mano, sea el arma primitiva como instrumento de muerte o el arma de la mentira, la tergiversación, la propaganda, entonces será más

provechoso y conveniente para el avance del sentido divino en el mundo si el emancipado mata al hermano indefenso que si le induce a emanciparse a su vez y traicionar el trocito de mundo del que sólo él es responsable, a saber, su propia persona.

(58)

Usted y sus amigos profesan la antiquísima opinión de que la razón y la filantropía son cosas muy estimables, pero en las situaciones políticas amenazantes es mejor dejar de lado estas cosas tan estimables y optar por los generales, el rearme y las bombas. Es la opinión de toda multitud, de todo

colectivo, y en Alemania ha sido siempre, por desdicha, la opinión de los intelectuales.

(59)

Si un poeta pertenece al partido, y aunque su nivel sea el de un alumno de sexto de bachillerato, se hace de él gran propaganda. Si no pertenece al partido, no existe y, por lo general, se le menciona sólo con juicios negativos.

(60)

El futuro socialista no va a tener sus mejores guías en esos autores siempre dispuestos, tras el primer triunfo de la próxima revolución, a enrolarse en el

partido.

(61)

Un literato no debe hacerse por amor a la patria ni periodista ni miembro del partido; tampoco debe engancharse entre los proveedores de guerra, por muy atractivo que sea el negocio. Debe realizar la experiencia de este tiempo, no tratar de juzgarlo antes de haberlo vivido, y no está obligado ante sí ni ante su pueblo a hacer cosas para las que no tiene competencia.

(62)

Os llevareis un chasco si creéis que el literato es un instrumento del que la

clase en el poder puede servirse a su antojo, como si fuere un esclavo o un talento a la venta. Mal os va e ir con vuestros literatos si partís de esta idea y sólo os seguirán los que no valen. A los auténticos artistas y literatos los conoceréis si algún día os interesa saberlo, en su irreprimible propensión a la independendencia y en que dejen el instante de trabajar cuando, se los quiere forzar a hacer su trabajo de modo diferente a lo que les dicta la conciencia. No se dejan comprar con golosinas ni con prebendas, y prefieren dejarse matar a ser manipulados. En esto los podréis conocer.

(63)

Yo, como individuo —es igual que se me considere «grande» (como usted se expresa), o más bien un caso patológico — nunca he sido capaz de ser juez o censor de otros. Yo me he esforzado por comunicar lo que he ido viviendo y pensando, pero nunca en la creencia de que con ello formulaba máximas o axiomas de una justicia universal siempre he tenido plena conciencia —en esto soy menos zote de lo que usted me supone— de que hablo como individuo, no como funcionario de una verdad objetiva no como predicador de una organización y doctrina que cree en sí misma.

Si yo tengo tantas dudas y en cuestión de lo que es justo o injusto no estoy al cabo de la calle, sé, en cambio, lo siguiente: con mi método de comunicar a los hombres, no doctrinas y verdades supuestamente exactas, sino lo vivido, lo subjetivo, es decir, lo no «verdadero», pero real... con este método acaso no consiga nada en la óptica de usted y hable en el vacío (lo cual tampoco es cierto, pues sé por miles de cartas y conversaciones la clase de efecto que puedo producir); pero al menos estoy seguro de que por mi causa, mis verdades y mi talante ninguna persona y ningún pueblo es perseguido, de que mis doctrinas nunca son utilizadas por la

policía, la justicia y el ejercito, bien en el sentido de Stalin, de los justos universales o del Consejo Federal X, que sabe con menor exactitud lo que es justicia. En mi camino no se derramará sangre ni habrá violencia, pero sí en el suyo, en el camino de la verdad incondicional que todo partido, todo pueblo y toda organización política recaba para sí e intenta imponer con más o menos violencia.

(64)

Es un error considerar la pólvora, los gases tóxicos y los generales como potencias espirituales, aunque a veces pueda no ser muy activos. Reservarse en

medio de este mundo tan aplicado y perseverante siempre en hacer la guerra, algo de paz y amor en el corazón y transmitirlo como poeta, se hace de año en año más difícil y, sin embargo, hay que seguir intentándolo.

(65)

Esperar pasivamente en medio del fuego es mucho más difícil que atacar.

(66)

Yo viví la guerra de 1914-1918 con tal intensidad —casi hasta la aniquilación—, que a partir de entonces sé muy bien y de modo inquebrantable a qué atenerme sobre un punto: personalmente

rechazo y desapruuebo todo cambio del mundo por la violencia, aunque se trate del cambio socialista, del cambio justo y deseado. Siempre sucumben los que no lo merecen, y aunque lo merezcan da lo mismo: yo no creo en la virtud purificadora y expiatoria del matar, y veo en la escalada de las luchas partidistas, hasta culminar en la guerra civil, la fuerza de la decisión, si se quiere, o la tensión moral de la alternativa, pero rechazo la violencia. El mundo está enfermo de injusticia, de acuerdo. Pero está mucho más enfermo aún de falta de amor, de humanidad, de sentido fraterno. El sentido fraterno que se nutre de marchas en pelotones de mil,

sea en la versión militar o en la revolucionaria, es para mí inaceptable.  
(67)

Si actualmente soy, con más conciencia que nunca, el solitario y «soñador», lo soy de modo consciente y no lo considero simple huida, sino una obligación. También yo cultivo mi estilo de convivencia y relación social. Recibo al año muchos miles de cartas, todas de jóvenes, de ellos la mayoría por debajo de los veinticinco años, y muchos vienen personalmente a visitarme. Son casi sin excepción jóvenes bien dotados o difíciles, con un grado de individualización por encima

de la media, desorientados por las etiquetas y las normas que rigen en la sociedad. Algunos son neuróticos, otros están espléndidamente dotados, hasta el punto de que en ellos descansa toda mi fe en el progreso de un cierto espíritu alemán. Para esta minoría de jóvenes, en parte amenazados pero bien vivos, yo no soy consejero espiritual ni médico, carezco de toda autoridad y de toda pretensión, pero contribuyo, si no me equivoco a afianzarlos en la aversión a las normas, tratando de hacerles ver el sentido de esta actitud.

(68)

Democracia o monarquía, estado federal

o federación de estados, nos da igual, pues buscamos sólo el cómo, no el qué. Y si un loco perpetra con toda el alma la más descabellada fechoría, nos resulta más simpático que todos esos profesores que posiblemente se pasen ahora al nuevo régimen con la misma ductilidad con que antes se había doblegado ante los príncipes y los altares. Somos ciegos seguidores de una «inversión de todos los valores»...pero esta inversión ha de tener lugar en nuestro propio corazón.

(69)

¿Nunca has advertido que yo rechazo los programas y las «orientaciones» preestablecidas sólo porque

empobrecen y embrutecen infinitamente a los hombres?

(70)

Aunque el rumbo político del futuro próximo parezca perfilarse con toda claridad, la evolución política de hoy y de mañana sólo afecta a la superficie, y la izquierda más extrema apenas difiere en sus objetivos y medios de los otros grupos en lucha por el poder. La bolchevización tampoco será un comienzo desde abajo, sino un cambio en la superficie.

(71)

Las personas sinceras y en cierta medida

inteligentes no son muy numerosas, y cuando se enzarzan en conflictos entre sí deberían salir del debate, a ser posible, ennoblecidas y purificadas.

(72)

Estamos de acuerdo en que aquel que se siente en posesión de la verdad debe estar dispuesto a sacrificar por ella la felicidad y la propia vida. Pero yo y los pocos que comulgan con mis ideas tenemos que añadir algo: podemos morir por nuestras creencias, mas no matar.

(73)

Sólo nos es lícito ocuparnos de las urgencias y problemas de la actualidad

si estamos dispuestos a tomar partido en ellos y comprometemos a fondo. Como yo no conozco ningún partido cuyo programa pudiera aceptar plenamente, este camino no es para mí.

(74)

Humanitarismo y política se excluyen, en el fondo, entre sí. Ambas cosas son necesarias, pero servir a ambas al mismo tiempo apenas es posible. La política exige el partido, el humanitarismo prohíbe el partido.

(75)

Como es sabido, el hombre bajo el signo de la política y el partido no se siente ya

comprometido con lo humano, sino sólo con sentimientos y métodos partidistas y belicosos.

(76)

El espíritu no puede luchar contra el poder, ni la cualidad contra la cantidad.

(77)

Yo evito escrupulosamente atacar al partido en público. No lo hago por comodidad, sino por la creencia, más bien certeza, de que la disputa sobre partidos y principios se desarrolla en un plano completamente distinto al de mis propias ideas y esfuerzos.

(78)

Si el intelectual se siente obligado a participar en la política, si la historia universal le invita a ello, debe, a mi juicio, seguir incondicionalmente la llamada. Debe, en cambio, resistirse cuando es invitado o presionado desde fuera, por el Estado, por los generales, por los detentadores del poder, como cuando el año 1914 la élite de los intelectuales alemanes fue más o menos forzada a suscribir manifiestos estúpidos y falsos.

(79)

Que la paz es mejor que la guerra y la reconstrucción mejor que el rearme, y que un Estado federal según el modelo

suizo podría alumbrar una Europa pacífica... sobre todos estos puntos estoy de acuerdo no sólo con usted, sino con la mayoría de los actuales estadistas. Pero ni los gobernantes, ni usted, ni yo tenemos la menor idea de cómo pueden realizarse estos deseos, es decir, cómo convencer o forzar a los pueblos para llevar a cabo lo bueno y deseable. Lo que usted dice: «Si un estadista poseyera el genio capaz de combinar el espíritu del *Agnus Dei*, de Beethoven, con las necesidades de la política», es como si alguien dijera: bastaría con elevar la temperatura del Polo Norte en 25 grados y rebajarla otros tantos en el Ecuador para prestar

un gran beneficio a la humanidad. En mi larga vida me he tenido que ocupar con gentes que en cartas privadas a políticos y personajes importantes tratan de influir sobre la marcha del mundo. Todos saben exactamente lo que es preciso hacer, pero nadie sabe el cómo, y todos se lavan las manos diciendo que descargan la responsabilidad por la no adopción de medidas en los destinatarios de sus cartas.

(80)

Alguien es tan clarividente que se percata de lo que se le avecina al mundo. ¿Y qué hace entonces? Escribe a Thomas Mann o a Hammarskjöld, o a

Hesse, para que éste acuda a Nehru. ¿Y Nehru a quién? ¿A Eisenhower, o a los rusos, o a los otros generales que dominan el mundo? ¿Cree usted en serio que... Eisenhower, o los rusos, o Adenauer, o quien sea, iba a hacer caso de las palabras de Nehru? ¿Que tendrían en su cabeza otra cosa que su partido y su política?

La conciencia universal no tiene señas, y no todos los gobernantes son exponente de la conciencia universal. Éstos toman a pitorreo todos los llamamientos bienintencionados provenientes de la ciencia y la literatura, y cada exhortación de este tipo no hace sino poner aún más de relieve la impotencia

de los «intelectuales» y desprestigiar aún más su palabra.

(81)

El poder de una liga internacional de escritores será siempre muy exiguo. En los países y pueblos con capacidad para influir realmente sobre la marcha del mundo, hace mucho tiempo que no existe ya un verdadero poder de las letras. En ellos la opinión pública no la plasma una élite de las mejores cabezas o personalidades, sino que se impone autoritariamente. Como el simple escritor, por muy famoso que sea, puede ser utilizado o vejado impunemente por estos poderes, como en los sistemas y

Estados totalitarios no se le permite exteriorizar sus opiniones, el lector no del todo maduro se mostrará desconfiado frente a cualquier declaración de un autor. Por eso, entre los lectores lúcidos llegarán a gozar de un cierto crédito y una cierta confianza sólo aquellos autores que, consecuentes consigo mismos, renuncian a la protección que depara la pertenencia a un partido, sirven exclusivamente a la verdad, siguen los dictados de la propia conciencia y están dispuestos, en su momento, a hacer los lógicos sacrificios. A ellos prestará tal vez la conciencia mundial un poco de atención, y no serán sospechosos de simpatizantes

ni beneficiarios de los grandes bloques de potencias.

Puede que se esté formando una pequeña comunidad espiritual, supranacional e independiente de todo partido. Aunque constara sólo de diez, de cinco, de tres hombres o mujeres, su valor moral sería superior al de una asociación de miles de intelectuales con el emblema de cualquier partido.

(82)

Ya eso de que los literatos se autodenominen «intelectuales»... ¿Se puede malentender y tergiversar más a fondo y en forma más estúpida el propio ser y la propia tarea?... Y ahora vienen

y piden la politización del literato. ¡Como si su culpa consistiera en haber sido hasta ahora poco políticos, en haberse fijado poco en el ciudadano, en la ley, en el mercado, en eso que se llama realidad! ¡Dios mío, si justamente esta triste realidad era su mundo y su refugio! ¡Si desde hace mucho rehúyen hacer lo que constituye la única razón de ser del poeta en el mundo! Por eso, al presentarse en público nunca se autodenominan literatos, sino «intelectuales», lo cual sonaba algo así como si un amante se designara como «accionista del corazón». Y por eso ahora, cuando todo se torcía y su carro estaba atascado, les ha dado por

politizarse. Si fueran suficientes en número —pensaron— para formar una gran asociación, hacerse representar en el Parlamento y así instalar el «espíritu» como poder político junto a la industria y la agricultura, sería ya una gran conquista.

Si el literato se politizase, abdicaría de su oficio humanitario como vidente y precursor y del servicio al ideal, para entrometerse en la labor de los expertos que con reformas electorales y cosas por el estilo piensan hacer progresar la sociedad, cuando en realidad llevan siglos de retraso respecto a las ideas de los intelectuales y sólo aspiran a poner en práctica, a pequeña escala, alguna

que otra de sus ideas e intuiciones.

(83)

A mí lo que me interesa en todo individuo es su actitud: a ver si es «político» y si cree en los medios que usa la política, de los que el último y más fuerte son siempre los cañones; o ver si no cree en la política y por ello tiende a centrar su vida y pensamiento en Dios, en un punto medio supratemporal, supraactual, no en el sentido de una cosmovisión intelectual, sino en el del servicio y el sacrificio. Mi punto de vista es para usted inequívoco, y también para mí, pues no es opción, sino destino. Si tengo «razón»

o no, no me toca a mí decidirlo. A mi modo de ver, nadie tiene razón, y las luchas entre opiniones y programas encontrados no son razonables y, por ende, evitables en principio, sino trágicas e inevitables. Para mí es totalmente indiferente que sea Hitler o Trotski o cualquier otro el que manda disparar los cañones; hace bien, si cree sinceramente en el valor de su acción; pero el mundo no va a cambiar o mejorar, pues quien tal hace no se sitúa en el punto cardinal.

(84)

A Kung Fu Tse, el gran rival de Lao Tse, el sistemático y moralista, se le

caracteriza a veces así: «¿no es ése el que sabe que algo no está bien y sin embargo lo hace?» El dicho es de una serenidad, un humor y una simplicidad como yo no encuentro igual en ninguna literatura. Muchas veces evoco este dicho y algunos otros al reflexionar sobre los acontecimientos mundiales y ante las pretensiones de quienes proyectan regir y llevar a la perfección el mundo en los próximos años o decenios. Se comportan como Kung Tse el Grande, pero no saben, como éste, que «eso no está bien».

(85)

Se puede no compartir la alegre fe en el

progreso y al mismo tiempo desear y promover el bien, se puede no creer en la solución de los problemas y al mismo tiempo desear su tratamiento racional y colaborar en él.

(86)

Yo no sé si el mundo ha mejorado, si no ha sido siempre igual de bueno e igual de malo. Lo que sí sé es que si el mundo ha mejorado gracias a los hombres, si gracias a los hombres se ha hecho más rico, más vital, más alegre, más arriesgado, más divertido, no se debe a los reformadores, sino a los auténticos «egoístas», que no conocen un norte ni se proponen metas, que se contentan con

vivir y ser ellos mismos.

(87)

En períodos de grandes pruebas se puede hacer la extraña averiguación de que hay más gente que sabe morir por unos ideales que vivir por ellos.

(88)

El «experto», que en las sesiones y comisiones siempre tiene razón, fuera de sus comisiones nunca la tiene. Siempre tiene razón el futuro, el pensamiento, la fe.

(89)

Los chinos, que son un pueblo

asombrosamente inteligente, mantuvieron durante milenios la sagrada costumbre de retrotraer oficialmente en veinticinco años la fecha de todo acontecimiento público, como cambios de régimen, revoluciones, victorias, hambres, etc. Pues —así razonaban los chinos— la revolución o el desastre tiene lugar hoy, mas para entenderlo, conocer sus raíces y, a ser posible, aprender la lección para el futuro es preciso mirar con una perspectiva de veinticinco años, ya que, según experiencia milenaria, en tales hechos veinticinco años es aproximadamente el espacio de tiempo preciso para que las causas buenas o malas, las costumbres,

etc. pongan de manifiesto sus resultados.  
(90)

Al cabo de veinticinco años las ideas de simple humanismo son admitidas por los bienintencionados sin mucha resistencia; pero entretanto la historia del mundo ha progresado, y así haría falta siempre una minoría honesta que anticipara lo que es preciso pensar y hacer dentro de veinticinco años.

(91)

En épocas democráticas e intelectualmente saturadas como la nuestra es ya un descubrimiento el que no exista sólo el hombre normal que

posee tal y cual propiedad y piensa con tales o cuales categorías postuladas por Kant, sino que entre los hombres normales, carentes de interés, se den a veces personas extraordinarias, que con frecuencia son patológicas en algunos aspectos, pero capaces de expresar la verdad, la inexorabilidad de los fenómenos de la vida y el simbolismo de todo ser individual respecto al Todo.

(92)

¡Cuánto pueden aprender los vencedores, y cuánto los vencidos, de las guerras de 1870, 1914 y 1939! Mas parece ser que este aprendizaje no lo hacen nunca ni los pueblos ni el

estamento dirigente, sino sólo un pequeño círculo de intelectuales carentes de todo poder. Este pequeño círculo, sin influencia, produce saberes y averigua verdades, pero éstas siempre llegan a las masas en la forma degradada de consignas y con una generación de retraso. El corolario es —parece— que la desesperación debía ser la auténtica y legítima actitud de los intelectuales, así como el vivir a la buena de Dios y a ciegas la de los «pueblos». Pero detrás de lo fáctico y lo manifiesto parece haber una realidad auténtica, más firme, a la que tratan de acceder, a tientas, nuestras filosofías y religiones, y que hace la vida digna de

vivirse, pese a todo.

(93)

Nada se sustrae tanto a la expresión verbal y al mismo tiempo nada urge tanto mostrar a los hombres como ciertas cosas cuya existencia no es ni demostrable ni verosímil, pero que por el mero hecho de que algunas personas piadosas y veraces las consideran reales se han aproximado un poco al ser y a la posibilidad de salir a la luz.

(94)

# Sociedad e individuo

Usted dice que la búsqueda del yo es menos importante que el dar con las justas relaciones respecto a los demás. Pero no se trata de dos cosas dispares. El que persigue ese yo auténtico persigue al mismo tiempo la norma de toda vida, pues el yo más íntimo es igual en todos los hombres. Es Dios, es el «sentido». Por eso el brahman dice de todo ser extraño *tat twan asi* = esto eres tú. Sabe que no puede hacer daño a otro ser sin dañarse a sí mismo y que el

egoísmo no tiene sentido.

(95)

Si fuera posible narrar una vida humana de principio a fin, con todas sus raíces y conexiones, el resultado sería una epopeya tan rica de contenido como toda la historia universal.

(96)

Se dedica mucho esfuerzo al estudio de lo que separa entre sí a los hombres, los pueblos y las épocas. Volvamos a prestar atención, también, a lo que une a todos los hombres.

(97)

Si consideramos los esfuerzos que se hacen en nuestro tiempo por ahondar, más allá de las funestas especializaciones y bandos, en los principios de la humanidad, de la fe, del espíritu y de la moral, vemos que las aportaciones más valiosas y profundas no provienen de los niveladores y los faltos de sentido histórico, ni de los predicadores oficiales o responsables de una humanidad general idealista, sino, por el contrario, de los representantes de las más antiguas tradiciones. Hay unas pocas cabezas en la Europa actual que dedican su vida, no a diluir en hermosos folletines los

valores tradicionales de las religiones históricas, sino justamente a rescatarlos en sus propias peculiaridades..., no para limitarse humanamente y anunciar un cristianismo sólo para los católicos o sólo para los protestantes, etc., sino con el fin de poner de relieve en forma nueva y responsable, mediante la limpidez de la exposición, lo más profundo y esencial de cada creencia.

(98)

Si en algún punto detecto un rechazo especialmente fuerte, un odio instintivo o una incomprensión radical, es casi siempre frente al espíritu de la antigua Asia que se recoge en mis relatos.

Ahora bien, este miedo instintivo a lo extraño, a lo no europeo en el estilo de vida y de pensamiento indio y chino es, a mi juicio, el mismo que se da en el prejuicio y el odio racial. Algo de sobra conocido, que tiene su explicación histórica y psicológica pero algo retrógrado, que no aporta vida, algo que debe ser superado. El espíritu retrógrado no sólo encuentra apoyo en el entusiasmo por el progreso y la técnica de Occidente, sino también en las pretensiones de validez universal por parte del cristianismo eclesiástico-dogmático.

(99)

Nuestro yo subjetivo, individual, si lo estudiamos un poco, aparece muy cambiante, caprichoso, muy dependiente del exterior muy expuesto a influencias... Pero luego está el otro yo oculto en el primero, mezclado con él, pero que en modo alguno se puede confundir con él. Este segundo yo, superior, sagrado (el atman de los indios, al que equiparan con Brahma), no es personal, sino que es nuestra participación en Dios, en la vida, en el Todo, en lo impersonal y suprapersonal. Vale la pena estar atento y seguir a este yo. Pero es difícil, este yo eterno es silencioso y paciente, mientras que el

otro yo es indiscreto e impaciente.

(100)

Nadie percibe una vibración en el otro sin experimentarla en si mismo.

(101)

Cuanto más rápidamente se multiplique la humanidad y más medios técnicos posea, más se irá superficializando, hasta convertirse en colectivo uniforme. Para la humanidad como masa el ideal de vida es la integración y adaptación sin fricciones, la reducción de la responsabilidad al mínimo.

Nosotros, el siempre exiguo número de los capacitados y llamados a una vida

personal, individual, aventajamos a la masa en la mayor finura sensorial y la mayor aptitud para el pensamiento, y estas cualidades nos pueden proporcionar mucha felicidad. Nosotros vemos, oímos, sentimos y pensamos con más precisión, más sensibilidad, más riqueza de matices, pero nos encontramos solos y en peligro, tenemos que renunciar a la felicidad de la masa irresponsable. Cada uno de nosotros debe buscar claridad sobre sí mismo, sobre sus dotes, posibilidades y peculiaridades, y poner su vida al servicio del perfeccionamiento, para llegar a ser él mismo. Si hacemos esto, servimos al mismo tiempo a la

humanidad, pues todos los valores de la cultura (religión, arte, poesía, filosofía, etcétera) nacen de esta fuente. Así el tantas veces difamado «individualismo» pone al servicio de la comunidad y pierde el aire odioso del egoísmo.

(102)

De las dos fuerzas contrapuestas: la tendencia a la vida personal y la exigencia de adaptación al entorno, nace la personalidad. Esta no puede constituirse sin ciertas vivencias revolucionarias.

(103)

El mundo demanda verdad, nuevas

orientaciones, nuevas leyes, nuevas posibilidades de comunidad y de vida para la humanidad convulsionada. Pero las nuevas verdades y leyes serán pura ficción, como lo fueron las antiguas del poder y la guerra, si provienen sólo de la técnica y de las necesidades externas. Deben ser producto del autoconocimiento. Y al autoconocimiento sólo lleva el camino del propio corazón. El caos de nuestro sentir es, tras el desmoronamiento de los antiguos ideales, un estado con el que debemos contar, que debemos conocer, cuya emergencia y origen debemos descubrir. Para ello los poetas siguen siendo nuestros guías.

Toda formación del hombre, toda cultura, toda civilización, todo orden descansa en un acuerdo sobre lo permitido y lo prohibido. El hombre, en tránsito entre el animal y un lejano futuro humano, tiene siempre en sí muchas, infinitas cosas que reprimir, que ocultar, que negar para ser un tío decente y capaz de sociabilidad. El hombre está lleno de animalidad, lleno de arcaísmo, lleno de brutales pulsiones, apenas domesticables, de un egoísmo bestial, feroz. Todas estas pulsiones peligrosas están ahí, siempre presentes; pero la cultura, el compromiso, la civilización

las ha disimulado, no las mostramos, desde niños hemos aprendido a ocultar y negar tales instintos. Pero todos ellos salen alguna vez a la luz. Todos siguen viviendo, ninguno muere, ninguno se transforma y ennoblece definitivamente, a perpetuidad. Y cada una de estas pulsiones es en sí buena, no es peor que cualquier otra, lo que ocurre es que cada tiempo y cultura teme más a unas pulsiones que a otras, las proscribte más enérgicamente. Pues bien, cuando estas pulsiones despiertan como fuerzas naturales irredentas, refrenadas sólo en la superficie y a duras penas, cuando estos animales vuelven a aullar y a excitarse, con la queja de esclavos largo

tiempo oprimidos y torturados y con el ardor primigenio de su ser natural, entonces surgen los Karamazov. Cuando una cultura, uno de los ensayos de domesticación del hombre, da muestras de cansancio y titubea, los hombres en creciente número se vuelven extraños, histéricos, tienen curiosos antojos, se parecen a los adolescentes en la pubertad o a las embarazadas. En el alma se agitan impulsos que no tienen nombre, que según la vieja cultura y moral hay que calificar de malos, pero que son capaces de hablar con voz tan fuerte, tan natural y tan inocente, que todo lo bueno y lo malo se hace dudoso y toda ley aparece problemática.

(105)

Yo no sé lo que es bueno y lo que es malo, y cada vez me resulta más cuestionable. Bueno es el hombre cuando entre sus impulsos primitivos y su vida consciente reina la armonía, en otro caso es malo y peligroso.

(106)

Cuando oigo y leo relatos de crímenes, rara vez tengo la sensación de que, llegado el caso, no sería capaz o no me sentiría inducido a hacer algo parecido. El hombre no es bueno ni malo, sino que alberga en sí todas las posibilidades para ambas cosas, y ya es mucho si su

razón y su voluntad se inclinan al lado de lo bueno; aun entonces siguen viviendo en él, bajo la superficie, todas las pasiones primitivas y pueden llevarle a lo imprevisto.

(107)

Los hombres son bestias cuando no hay una estrella que los guíe, mas no podemos achacar a un solo pueblo el monopolio de la bestialidad.

(108)

Uno se olvida de juzgar y criticar a los demás cuando está lleno de dudas sobre sí mismo.

(109)

La confianza en sí, que usted observa en ciertas personas, es más aparente que real. Si a cada una de esas personas que en grupo parecen tan valientes la coloca usted un rato, a solas y en silencio, ante algo difícil, será muy diferente.

(110)

Entre personas estatificadas y organizadas nada hay más difícil y más raro que lo racional y natural.

(111)

Este es el cáncer que sufre todo nuestro mundo: la hipertrofia del Estado, convertido en fin último y en ídolo, y de su funcionariado que aspira

automáticamente a hacerse imprescindible con nuevas formalidades y servicios inútiles, y a multiplicar su número.

(112)

Los «colegas» gustan de andar juntos, pero rara vez se llevan bien. El hombre como masa me resulta extraño en extremo problemático. Y desde los tiempos de mi juventud, desde 1914, cuando aún estaba refrenada por fuertes ataduras y trabas, vimos ya en qué se puede convertir la masa. No, lo que a mí me gusta en el hombre son las posibilidades del individuo. La idea de que el día de mañana no exista ya una

«humanidad» no tiene para mí nada de terrible. Me causaría, en cambio, profundo dolor el saber que en el futuro no habrá ya un Mörike, un Tolstoi o Chéjov, un Renoir y Cézanne ni personas capaces de sentir gozo y melancolía con Beethoven, Bach o Hölderlin.

(114)

La salvación, el recogimiento, la meditación y el renacer de un pueblo no se realiza en la superficie ni tiene lugar en las masas, sino que acontece, de modo silencioso y recatado, en los individuos.

(115)

Todo anhelo de vigorizar la vida está hoy proscrito por los poderes dominantes.

(116)

El dinero, el negocio, la máquina y el Estado son las formas en que se aparece el diablo en nuestro tiempo. Todo eso nos echa a perder el comer y el respirar, el sueño y los sueños. Pero algunos deben aguantar y no rendirse; de lo contrario nuestro tiempo no dejará nada en herencia a la posteridad.

(117)

Salud, capacidad y optimismo

despreocupado, rehuir frívolamente todos los problemas profundos, renuncia oportunista, cobarde, al planteamiento agresivo, arte de vivir gozando del momento presente: tal es la consigna de nuestro tiempo; de este modo espera eludir el molesto recuerdo de la guerra mundial.

Exageradamente despreocupado, estilo americano, como un actor disfrazado de bebé gordinflón, increíblemente estúpido, increíblemente feliz y radiante (*smiling*), tal se presenta el optimismo de moda, adornado cada día con nuevos esplendores, con las imágenes de nuevas estrellas de cine, con los números de nuevos récords. Lo de menos es que todas estas magnitudes

sean momentáneas y todas estas imágenes y récords duren sólo un día; nuevas imágenes y récords vienen a reemplazarlos constantemente. Y con este optimismo masoquista, estúpido en exceso, que no da la menor importancia a la guerra y la miseria, a la muerte y al sufrimiento, cual si fueran mera ficción, y nada quiere saber de preocupaciones y problemas... con este optimismo desbordado, según el modelo americano, el espíritu se ve impelido a las exageraciones, a la crítica redoblada, a la problemática abismal, al repudio tajante de todo este mundo pueril de color de rosa, tal como lo reflejan las filosofías de moda y las

revistas ilustradas.

(118)

Hasta ahora no he emprendido nada bueno y racional, en privado o en público, que no haya sido saboteado por los poderes de turno.

(119)

El mundo no quiere saber nada del espíritu. El egoísmo de los hombres aborrece todo ideal que les exija más que la mera máscara cortés.

(120)

Sólo es capaz de comportarse con delicadeza quien tiene necesidad de esa

misma delicadeza.

(121)

La iniciativa dinámica y responsable tropieza en todas partes con obstáculos y resistencias de la burocracia, la vanidad, el arribismo y la incompetencia diletante. Las propias entidades e instancias más próximas y, con más frecuencia aún, los intereses personales y la vanidad de los individuos suelen impedir que las cosas importantes se lleven a efecto bien y rápido.

Para poder vencer tales resistencias sin consumir en ello las tres cuartas partes de las energías disponibles, hace falta el concurso de todos aquellos que pueden

ayudar y tienen buena voluntad. Hay bastantes de estas personas, entre los cientos de organismos y autoridades es posible encontrar algunas. Los mejores se encuentran aislados, ocupando cualquier puesto después de haber sido arrinconados despiadadamente. A todos ellos, impotentes en su dispersión frente a la rutina de los burócratas había que reunirlos para que constituyan un poder irresistible en la realización del bien.

(122)

La felicidad se logra mediante la entrega, la sobriedad, la colaboración desinteresada. Ningún otro camino os llevará con tanta rapidez y seguridad a

tomar conciencia de la unidad y la sacralidad de la vida. Ningún otro camino os llevará tan infaliblemente a la meta de todo arte de vivir, a la alegre superación del egoísmo... no mediante la renuncia a la personalidad, sino mediante su más amplio desarrollo.

(123)

Parece ser que hoy día los pensadores estamos todos superindividualizados y no logramos conectar con la época y con el pueblo porque la masa, el hombre medio, adolece de defecto de individualización y nosotros de exceso, y en realidad no sabemos qué podemos hacer con este rebaño embrutecido.

Motivo de más para que los pensadores no nos aislemos entre nosotros.

(124)

Nosotros vemos que la civilización no es posible sin dominar la naturaleza, que el hombre civilizado va transformando paulatinamente toda la tierra en montaje aburrido y exangüe de cemento y chapa, que toda iniciativa por buena e idealista que sea conduce inevitablemente a la violencia, la guerra y el sufrimiento, que el hombre medio no podría soportar la vida sin la ayuda del genio y que, sin embargo, es siempre y no puede menos de ser enemigo mortal del genio.

(125)

Dentro de cincuenta años la tierra se habrá convertido en cementerio de máquinas, y el alma del cosmonauta se habrá identificado con la cabina de su nave.

(126)

Cuando a los médicos les queda poco qué hacer por el paciente, no dejan de seguir encariñados con su técnica y cantan victoria cuando a un casi muerto logran hacerle alguna cosquilla más.

(127)

Como quiera que toda mi labor de autor va encaminada a defender al individuo frente a lo «normal» y lo sujeto a norma,

considero irrealizable el anhelo de una adaptación e identificación con la multitud y con lo cotidiano. Para el hombre de fuerte personalidad, solitario, sólo es posible una amistad convencional y nunca satisfactoria con la vida reglada. Por eso es mejor buscar y cultivar la otra convivencia: con los que uno se sabe afín, como los poetas, pensadores, solitarios, y cuando todo lo demás fracasa, tenemos al menos la alternativa, la rica y nunca fallida alternativa de la eterna comunidad de aquellos afines a nosotros y que en todos los tiempos, pueblos y lenguas se han expresado en libros, pensamientos y obras de arte. Los intentos de participar

en la vida supuestamente «real» y sana de todos no carecen ciertamente de valor. Pero al final nos conducen siempre a un mundo con cuyos valores y criterios no estamos de acuerdo en el fondo, y lo que adquirimos con ello se nos cae de las manos.

Y aparte de los pensadores y poetas nos queda la naturaleza, el movernos en un mundo donde no hay convenciones y que sólo se abre al que es realmente capaz de la entrega y la contemplación.

La naturaleza, tal como la disfrutaban los excursionistas domingueros y los grupos en viajes de placer, es un espectro.

(128)

Una de las necesidades elementales que nunca se tienen en cuenta porque no se traducen en hambre es el suelo natal. No me refiero a la patria, que es un don y una necesidad de orden superior, más espiritual. Me refiero a las imágenes que cada uno de nosotros ha conservado de la niñez como su mejor caudal de recuerdos. Son tan bellas, no porque el suelo natal sea por fuerza más hermoso que el resto del mundo; son tan bellas simplemente porque fueron las primeras que contemplaron con gratitud y pureza nuestros ojos infantiles.

No se trata de sentimentalismo. El bien más seguro que poseemos, de no haber

alcanzado los grados supremos de lo espiritual, es el suelo natural. Podemos entender con este término diferentes cosas. El suelo natal puede ser un paisaje, o un jardín, o un taller, o también un sonido de campana, o un aroma. Se trata del recuerdo de la época de crecimiento, de las primeras impresiones, las más fuertes y sagradas de nuestra vida. De ellas forma parte el dialecto patrio. Para mí, que vivo en el extranjero, cada vez que vuelvo a la patria, el primer interventor de tren que encuentro es una verdadera ave del paraíso... Es algo que toca la cuerda más íntima, el pequeño tesoro escondido que poseemos desde los años de la más

tierna infancia. Allí yacen mezcladas imágenes e impresiones, con frecuencia se hace poco aprecio de ellas, pero el conjunto constituye una solución saturada que no se puede tocar sin que se formen cristales.

(129)

El resultado más importante psicológicamente de todo «folklore» es la igualdad de la estructura del alma humana en todas las áreas del planeta, Pero si el conocer y confirmar esta igualdad —el saber que existe, en efecto, una «humanidad» no sólo como utopía— es hermoso y prometedor, lo que produce el máximo gozo, encanto e

incluso felicidad es estudiar los diversos ropajes, gestos y expresiones de esta misma alma.

(130)

Ante el pueblo siento un respeto absoluto, y sus maneras irracionales me gustan más que las explicaciones racionales que suelen darse de ellas.

(131)

Precisamente los ciudadanos, los trabajadores intelectuales y las personas nerviosas, las naturaleza más diferenciadas, una vez que se han desconectado, que han logrado transferir el centro de gravedad del intelecto a lo

físico sienten un extraño bienestar. Soportan lo indecible, y se constata con frecuencia que el hombre nervioso, más diferenciado, aguanta más y encuentra con mayor facilidad el modo de sobreponerse que el ingenuo «no gastado».

(132)

Todos los niños, mientras aún viven el misterio, tienen siempre el alma ocupada en lo único importante en sí mismos y en la secreta conjunción de la propia persona con el mundo entorno. Investigadores y sabios vuelven, con los años de la madurez, a ocuparse de lo mismo; pero la mayoría de las personas

olvidan y dejan de lado este mundo íntimo de lo verdaderamente importante, ya muy temprano y para siempre, y andan errabundos el resto de la vida por entre los múltiples vericuetos de las preocupaciones, deseos y metas que no nacen de dentro ni llevan a su propia intimidad y a su hogar.

(133)

Sólo se tiene angustia cuando no se está de acuerdo consigo mismo.

(134)

Para los artistas, en general para las personas bien dotadas de fantasía, el matrimonio casi siempre es una

decepción. En el mejor de los casos es una decepción lenta, tolerable, que uno acepta resignado; pero con él muere. Sin muchos dolores, un trozo del alma y de la fuerza vital, y luego somos más pobres, mientras que después de haber experimentado un gran dolor espiritual somos más ricos.

(135)

Nadie se casa para tener hijos, pero cuando uno tiene hijos éstos le transforman, y al final ve que todo estaba orientado a ellos.

(136)

En las disputas gana siempre el

optimista.

(137)

Nada molesta tanto a las masas como que alguien las obligue a cambiar su opinión sobre él.

(138)

Una persona honesta no da un paso sin crearse enemigos.

(139)

Mi fe en una cierta estabilidad del hombre es muy grande; creo que, después de cada fechoría, el hombre despierta con mala conciencia, y que a toda corrupción sigue una nueva

exigencia de sensatez y orden.

(140)

# Tareas del individuo

Pienso que sólo deberíamos ser intransigentes con nosotros mismos, no con los demás.

(141)

Los pueblos son todos igualmente estúpidos, no hay diferencia. Depende de los individuos, no del sistema, el que se realice lo justo o lo estúpido y malo.

(142)

Durante la guerra observé atentamente,

por vez primera, el mundo exterior, y comprobé con asombro que la mayoría de las personas no hacen lo que les pide su tendencia natural sino siempre otra cosa, con frecuencia lo contrario. El estado, en especial, utiliza a las personas del modo más peregrino. Utilizó a los poetas para disparar, a los profesores para cavar fosas, a los judíos comerciantes para tareas patrióticas a los juristas para servicios de prensa. El Estado, al menos el nuestro, está acostumbrado a que la gente sin talento se ponga a su servicio y a disponer de ellos arbitrariamente.

Lo único que me diferencia de la masa y de los que yo llamo diletantes y

arribistas es que sé a qué tipo de trabajo y de servicio me destina mi cerebro y mi prehistoria, y busco realizar este trabajo con la mayor concentración posible.

Si me evado y sigo todas esas voces que suenan a diario, me pierdo entre los diletantes, me convierto en una persona que hace lo que no sabe y deja de lado lo que la voz interior le está reclamando.

(143)

La cultura humana nace por ennoblecimiento y espiritualización de instintos animales mediante el pudor, la fantasía y el conocimiento.

(144)

Cuanto menos nos asuste nuestra propia fantasía, que en la vigilia y en los sueños hace de nosotros delincuentes y animales, menor será el peligro de sucumbir a los malos instintos.

(145)

Todo lo que en el mundo se ha logrado a nivel espiritual ha sido factible gracias a que se lanzaron ideales y esperanzas que excedían en mucho de las posibilidades del momento.

(146)

Vamos a conservar en nosotros, a ser posible, un núcleo, un centro de gravedad propio que nos impida ser

arrastrados con la absurda convulsión centrífuga, cada vez más inquietante, que se manifiesta también fuera de la política, en el ritmo, la premura y la agitación febril.

(147)

Es peligroso someter la vida instintiva, demasiado unilateralmente, al dominio del espíritu, enemigo de los instintos, pues toda porción de nuestra vida instintiva cuya sublimación no se logre del todo, trae por la vía de la represión graves sufrimientos.

(148)

Retorna todo lo no se ha sufrido y

solucionado hasta el final.

(149)

A mi juicio, la vía para salir de nuestras enfermedades culturales no debe ser una «vuelta a la naturaleza», sino la adaptación cada vez más delicada a lo cultural; a mí no me va, en el fondo, eso de huir a los bosques, por mucho que el romántico que hay en mí lo pueda desear.

(150)

La mayor parte de las profesiones, y de modo particular las más «elevadas», especulan en su actual organización con los instintos de egoísmo, cobardía y

comodidad del hombre. Al hombre le cuesta poco hacer la vista gorda, agachar la cabeza, seguir la pauta marcada por el señor presidente: y le cuesta muchísimo asumir y amar el trabajo y la responsabilidad.

(151)

Las verdaderas virtudes molestan siempre y provocan odio.

(152)

No debemos huir de la *vita activa* a la *vita contemplativa*, ni a la inversa, sino alternar ambas, habituarnos a ambas, participar en ambas.

(153)

Cuanto más nos exigimos a nosotros mismos o cuanto más exige de nosotros nuestro propio quehacer, tanto más nos vemos remitidos a las fuentes de la meditación, a la conciliación siempre renovada entre espíritu y alma... Todos los hombres realmente grandes de la historia universal han sido meditadores o han seguido de modo inconsciente el camino a donde la meditación nos conduce. Los demás, aun los mejor dotados y más fuertes, al final han fracasado y sucumbido, porque su quehacer o sueño su ambicioso los poseyó de tal forma, convirtiéndolos en posesos, que perdieron la capacidad para desprenderse y distanciarse, a

intervalos, de lo actual.

(154)

Todo individuo debe alguna vez dar el paso que le aleja de su padre, de sus maestros; todo individuo debe experimentar algo de la dureza de la soledad, si bien la mayoría de las personas poseen poca capacidad de aguante y vuelven pronto al refugio.

(155)

Todo es colectividad, todo es arracimarse, todo es abdicar del propio destino y refugiarse en la cálida proximidad del rebaño.

(156)

Todo joven que siente en sí la propensión a una fuerte individualidad y se aparta del patrón del hombre medio y universal incide por fuerza en situaciones que ofrecen la apariencia de la locura... Lo que debe hacer ese joven no es empeñarse en imponer sus «locuras» y revolucionar el mundo, sino defender sus sueños e ideales frente al mundo, a fin de que no se agosten.

(157)

La irreverencia es una magnífica virtud cuando se practica ingenuamente. Pero como intención, como programa resulta molesta.

(158)

Los jóvenes debemos defendernos para no sucumbir. No nos basta con las leyes y las buenas normas. Queremos ante todo amar, queremos sentir arder nuestra alma; no queremos destruir el mundo... sólo las cadenas que nosotros mismos nos hemos echado.

(159)

La cuestión teórica que usted plantea sobre si la vida humana vale más que la *Pasión según San Mateo* es una frivolidad y la respuesta a la que usted se inclina es peligrosa. El hombre sin espíritu, sin historia, sin arte es menos valioso que cualquier animal, y si la

vida desnuda ha de valer más que la historia y el arte, nos situamos en el lema «sangre y tierra», una concepción de la que sabemos no siente el más mínimo respeto ante la vida humana y su conservación. El hombre individual no es un valor superior en sí, sino una posibilidad, como tránsito hacia el espíritu.

(160)

Yo creo que la vida humana, en sí carente de sentido y atroz, ofrece al individuo la posibilidad de llenarla de sentido y belleza mediante ideales elevados... La gente, o bien se refugia en el olvido o en la tristeza privada, o

bien se arma para la lucha, para responder a la violencia con la violencia y preparar así un próximo futuro esplendoroso con cañones y gases letales.

(161)

Se ha comprobado que en tiempos de inquietud y de preocupación general una persona es tanto más útil cuanto más ha orientado su vida y su pensar hacia lo espiritual y lo suprapersonal, cuanto más ha aprendido a respetar, cumplir, adorar, servir y sacrificar.

(162)

Ninguno de nosotros puede dar lo que no

tiene, pero también el modesto y el pobre poseen su valor y son capaces de nobles aportaciones cuando su íntimo sentir se armoniza con la tendencia vital de la naturaleza. Todo lo que se aparte de eso conduce, a lo sumo, a interesantes malformaciones.

(163)

No nos preocupa ni depende de nosotros que este mundo se vaya o no a hundir mañana, lo que debemos hacer y queremos es saborear y celebrar lo que en él hay de placentero, siquiera sea el cielo con sus nubes mágicas, tras sigamos viviendo. A todas horas estoy oyendo que mi poesía es anticuada y

ridícula, romanticismo tonto de nuestros abuelos, vieja chatarra.

(164)

Hoy todas las personas alerta y capaces de sufrir vivimos en la desesperación, y así nos hallamos situados entre Dios y la Nada. Entre ambos polos respiramos, oscilamos y nos balanceamos. Nos gustaría arrojar por la borda la vida, pero nos contiene lo que en nosotros hay de suprapersonal. Así nuestra debilidad se convierte en valentía, sin ser por ello héroes. Y salvamos un poco de la fe tradicional para los que vienen detrás.

(165)

Aprenda usted, como sea, a servir de verdad a entregarse de verdad, a pensar de verdad en las cosas, en lugar de en sí mismo; es el único camino para salir de su desierto.

(166)

Dios no nos envía la desesperación para matarnos, nos la envía para despertar en nosotros una nueva vida.

(167)

Pero depende sobre todo de la actitud interna, de si afrontamos las dificultades con crispación y fatiga o con elasticidad. No es posible hacer frente a

lo arduo con lo mera decisión, para así cobrar impulso; pero es bueno pensar en ello y no perder la confianza en las alas, aunque estén cansadas y necesiten reparación.

(168)

Un comportamiento moral en el mundo sólo es posible y eficaz si se reconoce la indecencia de la vida, la complicidad en la muerte y en el pecado; en una palabra, si se asume todo el pecado original y se renuncia a ver la culpa siempre en los demás.

(169)

El «no matarás» no es el mandamiento

rígido de un «altruismo» pedantesco. Altruismo es algo que no se da en la naturaleza. Y «no matarás» no significa que no debes hacer daño a otro. Significa que no debes desposeerte del otro, que no debes dañarte a ti mismo. El otro no es extraño, ni algo lejano, aislado, que vive aparte. Todo en el mundo, todos los muchos «otros» existen sólo (para mí) en tanto los veo, los siento y mantengo relaciones con ellos. Mi vida consta sólo de relaciones entre mi persona y el mundo, los «otros».

(170)

Yo comprendo que cuando se pasa hambre es más difícil ser justo que

cuando se está harto, pero no puedo aceptar que las estrecheces y la necesidad tengan que renunciar a la moral.

(171)

Donde cesa el bienestar y empieza la penuria, se deja sentir la educación que la vida nos quiere dar.

(172)

La soledad es el camino por el que el destino quiere conducir al hombre hacia sí mismo.

(173)

Nuestra tarea como hombres es: dentro

de nuestra propia vida, irrepetible y personal, dar un paso adelante desde el animal al hombre.

(174)

Para que pueda surgir lo posible es preciso intentar una y otra vez lo imposible.

(175)

Es fácil renunciar al lujo cuando se tiene una meta y se sabe el porqué.

(176)

Cuando algo se tiene por justo es preciso llevarlo a la práctica.

(177)

El bien no debe practicarse a la fuerza.

(178)

El que es llamado a un cargo no sólo recibe un regalo y un mandato, asume también algo así como una culpa, al igual que el soldado que es seleccionado de entre sus compañeros y promovido a oficial se hace tanto más digno de esta promoción cuanto mejor sepa responder a ella con un sentimiento de culpa, de mala conciencia frente a sus compañeros.

(179)

Mi vida, así me imaginaba más o menos, debía ser un trascender, un subir

peldaño a peldaño, debía recorrer y dejar atrás un espacio tras otro, como una música va recitando, agotando y dejando atrás un tema tras otro, un tempo tras otro, sin jamás cansarse, sin dormir, siempre alerta, siempre en perfecta lucidez. En relación con las vivencias del despertar yo he observado que se dan tales peldaños y espacios, y que el último período de cada tramo vital lleva en sí una totalidad de desintegración y voluntad de morir, para luego conducir a un nuevo espacio, al despertar, a nuevo comienzo.

(180)

Una meta alcanzada no es meta.

(181)

Yo me siento con frecuencia cansado y sin fe ni valor, pero creo que estos estados no deben combatirse propiamente, sino que es preciso abandonarse a ellos, llorar alguna vez, o ensimismarse sin pensar en nada, y luego se advierte que entretanto el alma ha seguido viviendo y ha avanzado.

(182)

La fe en que no hay acontecimiento feliz o desgraciado al que no podamos dar un sentido enderezándolo al bien, me ha acompañado siempre y me sigue acompañando, y no estoy dispuesto a

renunciar a ella, ni para mí ni para los demás.

(183)

Hay destinos que uno mismo provoca y se adaptan a él.

(184)

Nada hace tanto bien en momentos malos como entregarse a la naturaleza, no pasivamente y para disfrutarla, sino de forma creadora.

(185)

Es preciso mantenerse siempre en contacto con lo vital. El «espíritu», con frecuencia, nos deja desamparados, y

una vez es tan valioso como lo que nos da la naturaleza por un poco de amor y de paciencia: jugar con un gato, o encender un fuego, o mirar las nubes, todo esto son fuentes a las que siempre cabe acudir.

(186)

Sea que admire un musgo, un cristal, una flor, un coleóptero dorado, o un cielo de nubes, un mar con el tranquilo y gigantesco respirar de sus mareas, un ala de mariposa con el orden de sus estrías cristalinas, el corte y las cenefas policromadas de sus bordes, los múltiples caracteres y adornos de su dibujo y las infinitas gradaciones y

tonalidades, tenues y mágicas, de los colores... siempre que abordo con el ojo o con otro sentido corporal un trozo de naturaleza, si me siento atraído y encantado por él y me abro por un momento a su ser y su revelación, en ese momento olvido toda la zona ciega y codiciosa del ansia Humana, y en lugar de pensar y mandar, en lugar de conquistar y explotar, de combatir o de organizar, por ese momento no hago otra cosa que «asombrarme» como Goethe, y con el asombro no sólo me hago hermano de Goethe y demás poetas y sabios, sino de todo aquello que me asombra y que yo siento como mundo viviente: la mariposa, el escarabajo, la

nube, el río y el monte, pues por la vía del asombro he escapado momentáneamente al mundo de las separaciones e ingresado en el mundo de la separaciones donde cada cosa y cada criatura dice a la otra: *Tat twam asi* («Esto eres tú»).

(187)

# Formación, escuela, educación

Nuestra escuela, que sólo ve en el hombre, hasta los catorce, los dieciocho o los veinte años, según los casos, una previa sin valor propio, no la considero irreprochable. Leo a veces con admiración, en narraciones históricas memorias, cómo con frecuencia personas que hoy tendrían que pasar aún por cuatro exámenes hasta ser las como adultas, ocupaban importantes puestos y

prestaron importantes servicios. Y luego pienso con aflicción un tiempo todavía más sombrío, en el que no se llegará a universitario antes de los treinta años o a funcionarios antes de los cuarenta. Lógicamente también el matrimonio se retrasará, y las personas honestas sólo podrán tener hijos legítimos a una edad más avanzada aún actualmente, a una edad en la que sólo se podrá brindar los residuos a las pobres criaturas.

(188)

La escuela no enseña esas destrezas y habilidades que son imprescindibles para la vida, sino más que nada conocimientos que a mí en parte me han

quedado grabados en la memoria durante toda la vida; así recuerdo aún numerosas frases y versos latinos, bellos y graciosos, como recuerdo el número de habitantes de muchas ciudades... claro que no de hoy, sino de 1890.

(189)

Hay un tipo de alumnos muy bien dotados que, pese a su talento, resultan siempre molestos e incómodos a los profesores, porque en ellos el talento no es una fuerza orgánica que les brota de abajo y desde dentro, el delicado estigma ennoblecedor de una buena naturaleza, de una sangre generosa y un carácter aventajado, sino algo en cierto

modo fortuito, azaroso, incluso usurpado o robado. Un escolar de carácter débil pero entendimiento superior o brillante fantasía desconcierta, inevitablemente, al profesor: éste debe comunicar al alumno el patrimonio de saberes y métodos y capacidades para colaborar en la vida del espíritu... pero intuye que su auténtico deber sería proteger las artes y ciencias de las acometidas de los meramente talentudos, pues el profesor no está para servir al alumno, sino que ambos deben servir al espíritu. Todo lo que sea promocionar a un escolar capaz de brillar, pero no de servir, significa en el fondo una especie de traición al espíritu. Sabemos de períodos de la

historia de algunos pueblos en que, por una honda perturbación de las jerarquías espirituales, tiene lugar la irrupción de meros talentudos en la dirección de comunidades, de escuelas y academias, del Estado, y en todos los cargos importantes había personas de mucho talento con voluntad de gobernar, pero incapaces de servir. Identificar a tiempo este tipo de talentos antes de que se apoderen de los resortes de una profesión humana y reorientarlos con la necesaria dureza hacia profesiones no humanas, suele ser realmente muy difícil.

(190)

Sin mucha comprensión, pero con gran conciencia de superioridad, suele enfrentarse el adulto con el niño. Hasta que se demuestra que este sentimiento de superioridad no tiene otra base que una profunda ignorancia.

(191)

El temor no es un medio educativo.

(192)

Si un niño bien dotado ha sido durante años, durante toda la infancia, violentado, golpeado, intimidado, manejado, angustiado, y llega luego un noble salvador y libera de pronto a este

niño, no se puede esperar que exprese sin más el deseo vehemente de llegar a ser juez municipal o de hacer cualquier otra cosa útil. Quizá lo primero que haga sea incendiar una casa o alguna otra fechoría.

(193)

Tenemos el consuelo de que en los realmente geniales casi siempre las heridas cicatrizan y de ellos salen personas que, a pesar de la escuela, crean sus obras y más tarde, ya fallecidos y envueltos en la grata aureola de la lejanía, son propuestos a otras generaciones, por sus maestros de escuela, como figuras espléndidas y

nobles ejemplos. Y así se repite de escuela a escuela el espectáculo de la lucha entre la ley y el espíritu, y vemos una y otra vez al Estado y a la escuela esforzarse en herir de raíz, año tras año, a los pocos espíritus profundos y selectos que van emergiendo. Y siempre son principalmente los odiados por los maestros, los a menudo castigados, escapados, expulsados, quienes vienen a enriquecer luego el tesoro de nuestro pueblo. Pero más de uno —¿quién sabe cuántos?— se consume en sorda porfía y se pierde.

(194)

Mi petición para el futuro no es que al

intelectual se le remunere espléndidamente: el intelectual no debe sentarse en la mesa de los ricos ni rodearse de lujo, debe ser un poco asceta... pero tampoco ha de ser burlado, sino tenido en estima, y debe proveérsele de lo mínimo material, más o menos como en la época de la cultura claustral el monje podía vivir sin necesidad de poseer bienes, y en la medida de su rendimiento participaba de la gloria y la autoridad de su Orden religiosa. La orden de los intelectuales no debe ser propiamente una aristocracia; la aristocracia se funda en la herencia, y el espíritu no es heredable físicamente. Todo buen ordenamiento de

la vida del espíritu supone, en cambio, una oligarquía de los mejores, con franquía para que los bien dotados dispongan de todos los medios educativos.

(195)

Mira con reverencia el «sentido», pero no pienses que es objeto de aprendizaje.

(196)

No conduce a nada matar al yo contingente de los sentidos para que engorde el yo contingente de las ideas y la ciencia.

(197)

Todo modelo cultural del pasado, si tratáramos de asumirlo, sería veneno para nosotros. Pero el admirar las bellas y perfectas culturas del pasado, amar su perfección, entender su espíritu, conocer las condiciones de su nacimiento y su decadencia... esto no es culto a la historia ni huera erudición, sino un goce revitalizador.

(198)

Los jóvenes encuentran en mis escritos una acentuación de lo individual, mientras que los profesores aspiran a lo contrario: la máxima normalidad y uniformación del alma juvenil, lo cual es

comprensible y perfectamente lógico. Para reconocer que ambas funciones, la mía que induce al individualismo y la normalizante de la escuela, son necesarias y deben complementarse mutuamente, que corresponden como la inspiración y espiración y como dos procesos polares, para ver esto y simpatizar con el adversario aun oponiéndole resistencia, hace falta un poco de sabiduría y otro poco de piedad y reverencia, y éstas son propiedades que no cabe presumir hoy día en el profesor, como tampoco en otros estamentos. El mundo está, y acaso seguirá estando por largo tiempo, en manos de los *grands simplificateurs*, y

una convalecencia de éstos sólo será posible, probablemente, después de una catástrofe, de la que a partir de 1914 sólo hemos asistido a los inicios.

(199)

La libertad y el humor no harán ningún daño en la educación mientras se tenga el sentimiento de superioridad y, sobre todo, la confianza de los niños.

(200)

# Religión e Iglesia

El auténtico y fecundo entendimiento entre Oriente y Occidente no es sólo a nivel político y social, el gran reto todavía incumplido de nuestro tiempo, es un reto y un problema vital también en el plano del espíritu y de la cultura. No se trata ya, hoy día, de convertir a los japoneses al cristianismo y a los europeos al budismo o al taoísmo. No debemos ni queremos convertir ni ser convertidos, sino abrimos y dilatarnos; no consideramos ya la sabiduría oriental

y occidental como potencias que pugnan entre sí, sino como polos entre los que oscila un vivir fecundo.

(201)

Las advertencias sobre el «peligroso Oriente», que escuchamos hoy día con tanta frecuencia, proceden siempre de campos partidistas que han de proteger un dogma, una secta, una receta.

(202)

Aprenda usted a reconocer lo incomprensible, el sufrimiento, el absurdo como condición previa de todo lo que puede ser valioso para la humanidad. El cómo formule luego su fe,

en cristiano o de otro modo, es indiferente. No hay otros dioses que los que el hombre mismo se forja.

(203)

Que Dios vive en cada uno de nosotros, que toda porción de la tierra es patria nuestra, que todo hombre es pariente y hermano, y que el saber de esta unidad divina viene a desenmascarar toda separación en razas y pueblos, ricos y pobres, confesiones y partidos como ficciones y quimeras: he ahí el punto al que volvemos cuando la terrible necesidad o un delicado toque ha abierto nuestros oídos y capacitado de nuevo nuestro corazón para amar.

(204)

Quien no trata a Dios como ídolo ni emplea la oración como fórmula mágica, sino que la vive como la más honda concentración de todas las fuerzas interiores, como voluntad tensa de lo bueno, de lo mejor, de lo único necesario, ese tal extraerá de las plegarias de hoy fuerza para toda la vida, pues ellas le han obligado a examinar su corazón, combatir lo falso, aspirar más alto y olvidar los pequeños intereses propios en aras de los grandes y generales.

(205)

Al que el destino se lo depare, debe alguna vez en la vida quedarse solo, tan perfectamente solo que llegue a retrotraerse en su más íntimo yo.

Entonces, de pronto, ya no estará solo. Encontrará que nuestro más íntimo yo es el Espíritu mismo, es Dios, es lo Indivisible. Y así vuelve uno a sentirse en medio del mundo, inmune a su multiplicidad, pues se sabe en unidad última con todo ser.

(206)

Vuestro futuro y vuestro arduo y peligroso camino es éste: madurar y encontrar a Dios en vosotros mismos...

Siempre habéis buscado a Dios, mas nunca en vosotros mismos. No está en otro sitio. No hay otro Dios que el que está en vosotros.

(207)

Los ejercicios espirituales, las meditaciones, llevan en etapas progresivas a la meta del conocimiento. Este se funda con el desenmascaramiento del yo como una ilusión; luego, en lugar de la conciencia del yo aparece la conciencia total, y el alma liberada pasa de la individualización y el extravío al Todo (nirvana).

(208)

Allí donde las oposiciones se diluyen  
está el nirvana.

(209)

Yo considero la confusión entre la tarea  
interna y la tarea externa, entre el alma y  
la política, como una de las cosas más  
trágicas de la historia, justo porque no  
creo en un reino de Dios que esté fuera  
de donde Jesús lo mostró a sus  
discípulos: en nosotros mismos.

(210)

El ateísmo es sólo la negación de algo  
que nunca ha tenido una existencia  
sustancial, sino puramente verbal.

(211)

Mi ideal nunca logrado, pero valioso: aceptar las imposiciones de la vida exterior como un papel que es preciso representar lo mejor posible... pero permanecer siempre cerca de Dios y ser consciente de la propia unidad con toda la creación.

(212)

Una moral puede ser el resultado de una religión, pero nunca puede construirse una religión partiendo de una moral. Pues lo supremo es la religión. Yo creo que ninguna religión comienza con la moral, mientras que la mayor parte de las cosmovisiones tienen ahí su origen.

(213)

La vida tiene todo el sentido que nosotros queramos dar. La Biblia y el dogma y todas las filosofías buscan sólo ese sentido. La naturaleza, la planta y el animal no necesitan encontrar un sentido, pues no conocen el pensamiento ni el pecado, viven en ingenuidad e inocencia. Los hombres somos menos que los animales si pretendemos vivir sin sentido. La vida cobra sentido cuando nos esforzamos en superar la tendencia ingenua al placer egoísta y nos comprometemos en un servicio. Si tomamos en este servicio, el «sentido» viene por sí solo.

(214)

¡No se da un permanecer en Dios! ¡No hay punto de reposo! Hay sólo la perpetua, eterna, maravillosa, sagrada espiración e inspiración, la formación y disolución, nacimiento y muerte, partida y retorno; sin pausa, sin fin.

(215)

Todo pasa y es una nada delante de Dios, en quien podemos participar con cada inspiración y espiración.

(216)

La luz de Oriente, sobre todo la sabiduría india, se concilia con la

auténtica doctrina de Cristo mucho mejor de lo que los curas quieren reconocer.

(217)

También Oriente y Occidente son designaciones provisionales de los dos polos de nuestra intimidad.

(218)

Yo espero mucho de la tolerancia y la paciencia y de todas las virtudes pasivas, y poco de las luchas. Mi oposición de toda la vida no es en favor de un objetivo real, sino que es la oposición del hombre religioso que se enfrenta siempre y radicalmente al

«mundo» y para quien todo partido, toda voluntad de influir en los demás, resulta, desde luego, sospechoso. Por eso me encuentro bastante solo, pues mi «religión» carece de todo matiz confesional, se ha ido decantando lentamente, a lo largo de mi vida, de fuentes indias, chinas, cristianas y judías.

(219)

Por mi parte no creo en absoluto que exista alguna religión o doctrina que deba considerarse como la mejor y la única verdadera —¿para qué, a demás?—. El budismo es muy bueno y el Nuevo Testamento también, cada uno para su

tiempo y allí donde hace falta. Hay personas que tienen necesidad de la ascesis y otras que necesitan otra cosa. La misma persona tampoco necesita siempre lo mismo, sino que ora necesita actividad y movimiento, ora concentrarse en sí, ora necesita juego, ora trabajo. Somos hombres, y las tentativas de ser otra cosa fracasan siempre. Si la tierna simpatía, la bondad y la compasión son lo supremo, entonces Francisco de Asís fue uno de los seres humanos más perfectos, y Calvino, Savonarola e incluso Lutero fueron unos fanáticos crueles y unos facinerosos. Pero si la virtud de la escrupulosidad y la heroica sumisión a los postulados de

la propia conciencia es lo más valioso, entonces Calvino o Savonarola fueron realmente grandes hombres. Ambas cosas son verdaderas, y ambas posiciones siempre tienen razón.

Yo no considero como ideal humano cualquier virtud o cualquier creencia concreta, sino que considero como ideal supremo, por el que los hombres pueden morir, el logro de la mayor armonía posible en el alma del individuo. Quien posee esta armonía posee eso que el psicoanálisis, por ejemplo, llamaría libre disponibilidad de la *libido*, y eso que el Nuevo Testamento apunta cuando dice: «Todo es vuestro».

(220)

No me ha sido dado ser protestante o católico, bachiano o wagneriano; para mí la vida y la historia sólo adquieren pleno sentido y valor en la variedad con la que Dios se manifiesta en figuras siempre nuevas. Y así no sólo amo y reverencio, muchas veces con disgusto de mis familiares, a Buda y a Jesús en un mismo templo, sino que procuro amar y entender a Kant junto a Spinoza, y a Nietzsche junto a Görres, no por un prurito de cultura o afán de erudición, sino simplemente por complacencia en la multiplicidad de lo Uno, en la riqueza de colorido entre Nietzsche y Aristóteles, entre Palestrina y Schubert,

que sólo cuando se está seguro del Uno proporciona a la vida toda su delicada belleza y su policromía aparentemente irracional. Por eso yo no podría nunca dejar de lado, junto a los representantes de la libertad y de la libre investigación, a aquellos grandes espíritus silenciosos para quienes la libertad no era cuestión del intelecto, y la fe y la subordinación de lo personal era una profunda necesidad del corazón.

(221)

La sabiduría del chino Lao Tse y la sabiduría de Jesús o la del Bhagavad-Gita indio apuntan claramente a los fundamentos comunes del alma humana,

al igual que el arte de todos los tiempos y de todos los pueblos. El alma del hombre con su capacidad de amar, con fuerza para sufrir, con su anhelo de redención, se no hace patente desde cada pensamiento, desde cada acción amorosa, en Platón y en Tolstoi, en Buda y en Agustín, en Goethe y en *Las mil y una noches*. Nadie debe concluir de ahí que debemos equiparar el cristianismo y el taoísmo, la filosofía platónica y el budismo, o que de la síntesis de todas las culturas distanciadas por las épocas y las razas, por el clima y la historia, pudiera elaborarse una filosofía ideal. Que el cristiano sea cristiano y el chino, chino, y cada cual procure ser y pensar

según su propio estilo. El reconocer que todos somos partes separadas del Uno eterno no hace superfluo ni un solo camino, ni una sola peripecia, ni una acción o sufrimiento en el mundo.

(222)

Allí donde afirmamos nuestro destino florece el *tao*.

(223)

La cultura china ofrece tal contraste con los ideales del moderno Occidente, que deberíamos felicitarnos de contar en la otra mitad del globo con un polo opuesto tan respetable. Sin subordinarnos a él en forma servil, deberíamos sentir hacia el

extraño espíritu chino ese respeto sin el cual nada se puede aprender ni asimilar, y contar al lejano Oriente entre nuestros maestros, al menos en la medida que desde Goethe hemos hecho con el próximo Oriente. Y cuando leemos los diálogos de Confucio, tan sumamente incitantes y tan chispeantes de sabiduría, no hemos de considerarlos como mera curiosidad de tiempos pretéritos, sino pensar que su doctrina además de haber conservado y sostenido el gran Imperio durante dos milenios, sigue hoy contando con discípulos en China que mantienen vivo su nombre y sienten el orgullo de esa doctrina... en cuya comparación la más antigua y acrisolada

nobleza europea parece de ayer. Lao Tse no va a sustituir el Nuevo Testamento, pero nos hará ver que algo similar se produjo en otras latitudes y con bastante anterioridad, y esto debe reforzar nuestra fe en que la humanidad, dividida en razas y culturas extrañas y hostiles entre sí, constituye, sin embargo, una unidad y posee unas posibilidades, unos ideales y unas metas comunes.

(224)

La sabiduría de los antiguos chinos es, en parte, como toda sabiduría, una doctrina de la virtud: es el elemento confuciano de la filosofía china. Pero la sabiduría china es también, en parte,

mística, resultado de la meditación y el esfuerzo solitario, donde intervienen las zonas más ardientes del alma humana: es la parte racista. Común a ambas direcciones es el espíritu de reverencia y pureza la renuncia a toda estética y a toda sofística y una cierta eutrapelia que lo envuelve todo, y esta sabiduría es más intuitiva y no abstracta, y se convierte con frecuencia en prodigiosa creación de metáforas, como por ejemplo en Dschuang Dsi.

(225)

Yo creo en el hombre como una espléndida posibilidad que no se extingue ni siquiera en los estados de

mayor miseria y puede redimirse aún en la más extrema degeneración, y creo que esta posibilidad es tan fuerte y tan incitante que se vislumbra siempre como esperanza y como exigencia, y la fuerza que al hombre le hace soñar en sus más altas posibilidades y le hace despegar una y otra vez del animal es siempre la misma, llámese hoy religión, mañana razón o pasado mañana con otro nombre. La oscilación, el vaivén entre el hombre real y el posible o soñado es eso mismo que las religiones conciben como relación entre el hombre y Dios.

(226)

Lo que usted llama progreso, y en

general toda la historia espiritual de la humanidad, no se produce en la masa sino en la pequeña minoría de personas que tienen «buena voluntad». Siempre ha sido así. Siempre que esta pequeña minoría alcanza algún poder, surge por un momento lo divino en la tierra: religión, cultura. Y nuestro cometido no es adoctrinar al mundo incorregible, sino formar esta minoría y no dejar que el pequeño y amenazado reino de Dios se extinga.

(227)

Todo el que cree en un sentido de la vida y en el destino superior del hombre es un elemento valioso en la actual

situación de caos, a cualquier confesión que pertenezca y en cualesquiera signos crea.

(228)

Aunque cada uno pueda tener su propia idea de la redención del mundo, lo importante y significativo para todos es ante todo la idea de la redención por el amor. A ello nos invitan y exhortan todas las voces de los grandes pensadores, poetas y artistas, y el profundo valor de estas voces reside únicamente en que proclaman una realidad, un camino, una posibilidad que se mantiene viva en el corazón de toda persona.

(229)

Aunque yo no puedo compartir la fe en dogmas con pretensiones de traer la verdad y la salvación en exclusiva, conozco por propia experiencia lo que es la conciliación y lo que es la entrega a una creencia, y por ello no soy un infeliz, errabundo y protestante, sino que acepto con gozo y gratitud que lo inefable pueda ser vivido e interpretado en formas tan variadas.

(230)

Lo que no me agrada en absoluto en una fe como la suya es simplemente el modo unilateral como usted relaciona esta fe con mi persona y mis escritos. Pues estas mismas verdades han sido

compartidas y formuladas en todas partes, a través de todos los tiempos y todas las literaturas, por un estamento superior de la humanidad. Que la masa no las acepta y, en consecuencia, nuestro reino «no es de este mundo», nadie lo supo y lo enunció con tanta exactitud y fuerza como Jesús. Estas verdades nunca se convertirán en patrimonio común ni llegarán a erradicar la estulticia humana. Pero serán tan inmortales como esta misma estulticia.

(231)

La experiencia religiosa, la del místico y la de la comunidad, es siempre general, suprapersonal, pero de tal

suerte que en sus formas más elevadas sólo puede ser vivida del todo por el individuo, por la personalidad altamente desarrollada, por el genio.

(232)

El hombre es tan capaz de entregarse a todas las tonterías y trivialidades como de confiarse al sentido y la armonía del mundo, y probablemente el número de los tontos y vulgares ha sido siempre infinito. Lo que Dios piensa sobre ello se expresa de forma clásica en el diálogo con Abraham a propósito de la ciudad de Sodoma. Dios se aviene a rebajar el número de «justos», y lo grande en este duro tira y afloja es que

no es Dios quien aconseja al hombre el perdón y la indulgencia, sino a la inversa.

(233)

Cuando la fe se toma en serio y con plenitud, ya no se trata de la fe en nosotros mismos, fe en nuestra disposición, nuestra fidelidad, valentía, etc., sino de la fe en la gracia pendiente, posible, que nosotros nunca merecemos, pero siempre podemos esperar. Lo que al débil Pedro convirtió en roca puede convertir en roca a cualquiera. Esto es lo que hemos de creer. Lo otro, que los hombres somos medio bestias y capaces de toda tontería y vileza, no necesitamos

creerlo, lo sabemos, basta echar una ojeada a la vida diaria, a la historia, a nuestra propia existencia y nuestra intimidad. A este triste saber se contrapone la fe liberadora, por eso es «superior a toda razón».

(234)

Lo que me interesa de Jesús y le convierte para mí en personaje importante no son sus condicionamientos históricos, sino el hecho de que hubiera superado y dejado atrás estos condicionamientos.

(235)

Cuando no se toman los dichos del

Nuevo Testamento como mandamientos, sino como expresión de un saber extraordinariamente profundo de los misterios de nuestra alma, entonces la sentencia más sabia que jamás se haya pronunciado, la síntesis de todo arte de vivir y de toda doctrina de la felicidad es la sentencia «ama a tu prójimo como a ti mismo», que por lo demás figura ya en el Antiguo Testamento. Se puede amar al prójimo menos que a ti mismo: es lo que hace el egoísta, el codicioso, el capitalista, el burgués, y entonces cabe acumular dinero y poder, mas no poseer un corazón alegre, y a uno le quedan inaccesibles las más delicadas y exquisitas alegrías del alma. O se puede

amar al prójimo más que a sí mismo: entonces se convierte uno en pobre diablo, lleno de sentimientos de inferioridad, de exigencias de amar todo y al mismo tiempo, lleno de resentimiento y saña consigo mismo, y vive en un infierno que va alimentando a diario. El amor equilibrado, en cambio, el poder amar sin sentirse culpable, este amor a sí mismo que nada quita a los demás y este amor al otro que no disminuye ni hace violencia al propio yo, es el secreto de toda dicha y felicidad, que se contiene en aquella sentencia. Y si se quiere, cabe expresarlo en fórmula india, dándote el significado de «ama a tu prójimo, pues

él es tú mismo», versión cristiana del *tat twam asi*.

(236)

Lo que a mí me desagrada en los teólogos protestantes es que no tienen nada que enseñar, dejan al pueblo en ayunas y se entregan sin crítica ni resistencia al poder estatal, a los príncipes, a los adinerados, a los generales; lo hacen hoy como lo han hecho siempre, y el pueblo no encuentra en ellos la advertencia, el freno para no dejarse arrastrar hacia el gran mecanismo... No fue, ni mucho menos, el cisma de Lutero, como afirman con frecuencia los católicos, la causa

principal de la postración alemana, pero es su síntoma más llamativo. Se aspira a lo espiritual y se termina en los cañones. Se relega la oración al ámbito privado, se arrojan por la borda las buenas obras y el cristiano resbala hacia todos los infiernos, a los que debiera oponer la más firme resistencia.

(237)

Las personas mayores, que hemos visto de todo, conocemos bien la capacidad del hombre para toda suerte de barrabasadas, y también su capacidad de justificarlas teológicamente; por ello le estamos agradecidos a la Iglesia católica por no avergonzarse de cosas

tan ingenuas como la doctrina moral, prohibición de pecados, etc., tratando de domar a la bestia.

(238)

Yo no le puedo sacar gusto al fantasear, al jugar con conceptos irresponsables y sin una dogmática vinculante, aceptada. Eso lo puedo hacer yo también, no necesito pagar a ningún profesor para ello y considero a profesores como perniciosos. Sólo unas pocas personalidades de relieve pudieron, en tiempos, significar algo para mí en este terreno. Pero todas las teologías que cambian de improviso, que no son cosmovisiones caprichosas y objeto de

debate, detrás de las cuales no hay una Iglesia, un dogma, una responsabilidad, una auténtica lucha por la formulación legítima, nunca me han interesado.

(239)

La Iglesia católica como institución religiosa es un edificio admirable, digno de respeto. Nada hay que objetar al hecho de que una gran multitud de personas piadosas, creyentes, pero no habituadas a pensar de modo independiente, se dejen guiar por esta Iglesia. Pero si literatos y escritores, de los que cabía esperar una postura religiosa propia, independiente, se amparan en la Iglesia católica, el

fenómeno parece más bien una dejación del pensamiento autónomo y de la propia responsabilidad.

(240)

Es posible que Lutero sea el guía y representante principal de los cristianos para los que la sed de libertad es algo natural y obvio, es decir, de los individualistas, de los que destacan del término medio en espíritu, carácter y responsabilidad. Pero siempre queda esa enorme porción de la humanidad que prefiere obedecer a decidir, de espíritu débil pero buena voluntad, y que nada saben de la lucha intelectual y moral de aquellos otros. Para cuidar de esta parte

de la humanidad, impedir su anquilosamiento o degeneración, ofrecerle consuelo en vida y muerte y celebrar bellas fiestas, para todo esto se prestan bien Iglesias como la de Roma. Tales Iglesias han ayudado a millones de personas a sobrellevar y embellecer la vida, y además nos han regalado a los demás las más espléndidas arquitecturas, mosaicos, frescos y esculturas, preciados tesoros que los protestantes habrán podido destruir o tener en alta estima, pero nunca han sabido crear.

(241)

Lo que Alemania tenía que dar al mundo

después de la Edad Media, lo dio en la música. Cuando yo trato a veces de detectar lo que en mí guardo del cristianismo o dónde ha alcanzado este cristianismo su configuración última, me vienen a la memoria, indefectiblemente, las cantatas y Pasiones de Bach; ahí, y no en la poesía, ha tomado forma, por vez postrera, el cristianismo.

(242)

Todo fenómeno terrestre es una metáfora, y toda metáfora es una puerta abierta por la que el alma, si está dispuesta, puede penetrar en el interior del mundo, donde tú y yo, el día y la noche, somos todos uno.

(243)

La fe no pasa por el intelecto, como tampoco el amor.

(244)

Si hay una rendición de cuentas y un juicio en el más allá, no se nos interrogará sobre nuestra claridad lógica, sino sobre nuestra claridad moral, y en este terreno tendremos más necesidad de gracia que de justicia.

(245)

¿Inmortalidad? No doy un céntimo por ella. Vamos a permanecer mortales, como debe ser.

(246)

Hay dispersos en el mundo muchos creyentes y personas piadosas fuera de las iglesias y las confesiones, gentes de buena voluntad a las que afecta penosamente la decadencia de los valores humanos y la volatilización de la paz y la confianza en el planeta. Para tales personas no hay sacerdotes ni consuelos eclesiástico; pero profetas en el desierto, santos y mártires sí hay, también, para ellas.

(247)

En lo que ambos creemos (Thomas Mann), y yo de la resignación y el

escepticismo en muchos terrenos, no es obviamente, en algo teológico, no creemos en la tutela e intervención de fuerzas «superiores», independientes de la voluntad humana; pero creemos en un fondo, no expresable con cifras, de decencia, buena voluntad y pacifismo en la mayoría de los hombres, y creemos también, hasta cierto punto, en la posibilidad de despertar y fortalecer este humilde fondo bueno en nuestros lectores. Así que no nos encontramos solos.

(248)

Yo no comparto la creencia de que el estudio científico del ocultismo vaya a

liberarnos de la superstición. El remedio contra la superstición no es la ciencia, sino la fe. Una fe orgánica, de cualquier confesión que sea, es la única medicina válida contra la superstición, y las épocas sin fe son siempre propicias a las supersticiones, aunque cuenten con una ciencia altamente desarrollada. Lo que yo llamo fe no es resultado del aprendizaje, sino reflejo de una visión sana del mundo, de una confianza en el orden del mundo, y frente a lo «oculto» toda fe sana establece sin más la vieja distinción entre magia blanca y negra, denunciando la magia negra como vitanda y mala. Para la persona que posee el equilibrio anímico de la fe no

es difícil distinguir entre blanco y negro, y un creyente no sucumbirá fácilmente a esas magias negras que hoy día encuentran tantas víctimas en los anuncios de periódicos. Pero los creyentes no son muy numerosos y la inquietud por los fenómenos ocultos sigue avanzando, y así, por lo menos, la ciencia podrá seguir investigando estos fenómenos.

(249)

Nuestra Navidad es objeto de propaganda, base de empresas fraudulentas y terreno abonado para fabricar vulgaridades. La Navidad, la fiesta del amor y de la infancia, hace

tiempo que ha dejado de ser para todos nosotros la expresión de un sentimiento. Es todo lo contrario: sucedáneo y falsa imitación del sentimiento. Una vez al año hacemos como si otorgáramos gran valor a los bellos sentimientos, como si celebráramos con gusto una fiesta entrañable. Este quedar prendidos momentáneamente de la belleza efectiva de tales sentimientos puede ser muy auténtico; cuanto más auténtico y más emocionante sea, más hay que calificarlo de sentimentalismo. El sentimentalismo es nuestra típica actitud en las contadas ocasiones en que elementos residuales de lo cristiano afloran a nuestra vida cotidiana. Nuestro

sentimiento es entonces. «¡Qué bella esta idea del amor, qué verdad que sólo el amor puede salvar! ¡Y qué lástima que nuestras relaciones no nos permitan el lujo de este bello sentimiento, y estemos todo el resto del tiempo apartados de él por nuestros negocios y otras preocupaciones importantes!» Este talante presenta todos los caracteres del sentimentalismo.

(250)

Ni el Dios de la Iglesia ni la Iglesia misma preservan al hombre, incluidos los más altos jefes, de los peores deslices morales.

(251)

Los problemas de la esencia de Dios o del Espíritu universal, del sentido y orientación del universo, del origen del mundo y de la vida, son insolubles. Meditar y discutir sobre ellos puede ser un juego bello e interesante, mas no lleva a la solución de nuestros problemas vitales.

(252)

# El saber y la conciencia

Nuestros saberes, por mucho que se multipliquen, no acaban en un punto final, sino en un signo de interrogación. Un plus de saber significa un plus de preguntas, y cada una de éstas suscita a su vez nuevas interrogaciones.

(253)

Existe el camino que lleva a las zonas, iluminadas por la fría luz neón, de la conciencia aparentemente perfecta y de la racionalidad. Pero existe también,

para el que ha recorrido estas zonas, un nuevo paisaje, nuevo calor, nueva inocencia y amor. Esto se alcanza no mediante la huida, sino trascendiendo las zonas frías, y puede luego perderse, para de nuevo recuperarse.

(254)

Hemos llegado a saber que el hombre puede cultivar su intelecto hasta alcanzar unos rendimientos asombrosos sin que por ello sea dueño de su propia alma.

(255)

Lo que nuestro intelecto piensa y dice es un puntito de mosca en comparación con

lo que de vida, relaciones y afinidades discurre y fluye por debajo del «umbral».

(256)

Lo que usted dice sobre el intelecto y contra él es cierto, pero creo, sin embargo, que el intelecto en su debido sitio es una cosa muy buena. Y si se quiere utilizar sin más, para áreas de la vida donde el intelecto es un buen guía, el instinto o la intuición, la mayoría de las veces se irá al fracaso, exactamente igual que a la inversa. Lo que no se debe hacer es permitirle al intelecto pretensiones totalitarias y equipararlo al espíritu.

(257)

Es una experiencia curiosa: la persona de puro intelecto, aunque pronuncie palabras divinas y emita juicios sagacísimos, llegará muy pronto a aburrirnos. E igualmente los nobles fanáticos del sentimiento, los poéticos y entusiastas especialistas del corazón nos aburrirán pronto. La noble mente centrada exclusivamente en sí, lo mismo que el noble sentimiento volcado sólo sobre sí, abarcan ambos una dimensión demasiado exigua. Se observa esto en la vida cotidiana y en la vida política, se observa con más claridad aún en el arte. Lo racional o lo afectivo, lo bajo o lo

noble, no están completos, no son convincentes, ni son valiosos sin su hermano y contrincante. El hombre nos resulta aburrido si sólo posee dos dimensiones.

(258)

Los filólogos son gente divertida. Siguen la moda y se imaginan que la hacen.

(259)

Es un lance poco frecuente que un gran erudito sea a la vez escritor importante. El ímpetu y la creatividad, cualidades del gran escritor, llegan casi siempre a apagarse ante las cautelas del docto, la lentitud del compilador y la

desconfianza del crítico de las fuentes.  
(260)

Debemos hacer uso y ejercitar nuestro entendimiento, pero sin atenernos sólo a él. Las personas sencillas y sanas, el «pueblo», se las arregla con la vida y sus problemas a base de embarcarse a fondo en las tareas y alegrías de cada momento y hora. Los intelectuales, con su propensión a pensar, no pueden ingresar en este espacio ingenuo. Necesitan un contrapeso a la inteligencia y a su vanidad, y este contrapeso es la amistad con la naturaleza. La mayoría de las personas «cultas» utilizan para ello, de no ser ya artistas, el arte; en el

ejercicio y el goce de la pintura, de la música y la poesía, se ponen en contacto con las fuerzas primigenias. El que no tiene bastante con esto necesita de la meditación, la contemplación y el recogimiento. El camino para ello es el yoga. Hay infinidad de libros sobre el tema, que yo no he leído, y en Norteamérica, por ejemplo, existen escuelas de yoga, a veces con maestros indios. A éstos los conozco también sólo de oídas. Lo que yo he necesitado de meditación en ciertos períodos de mi vida lo he descubierto por mí mismo y no se puede enseñar ni comunicar.

(261)

En la meditación profunda existe la posibilidad de trascender el tiempo, de contemplar el propio pasado y el presente y la vida en curso como simultáneos, y entonces todo es bueno, todo perfecto, todo es brahmán. Por eso todo lo que es me parece bueno, la muerte y la vida, el pecado y la santidad, la sabiduría y la necesidad, todo es como debe ser, sólo necesita de mi consentimiento, de mí aquiescencia, de mi benévola conformidad; así resulta bueno para mí y jamás me puede dañar. He llegado a experimentar en mi cuerpo y en mi alma que tengo mucha necesidad de pecado, de placer, de ansia de

bienes, de vanidad y también de la más extrema desesperación para aprender a superar las resistencias, para aprender a amar el mundo, para no confundirlo ya con un mundo por mí deseado, por mí imaginado, con un tipo de perfección por mí ideado, sino dejarlo como es y amarlo y participar en él de buen grado.  
(262)

Las virtudes son, al igual que los talentos, una suerte de peligrosas hipertrofias, aunque útiles, algo así como los hígados de ganso cebado, de tamaño anormal. Como yo no puedo cultivar en mí selectivamente ningún talento, ninguna virtud sin restar para

ello la necesaria energía anímica a otras tendencias, toda virtud potenciada significa una especialización a costa de oprimir dimensiones de la vida, lo mismo que puede medrar el intelecto a costa de la sensibilidad o el sentimiento a costa de la razón.

(263)

El establecimiento de un polo, la aceptación de un lugar para desde él contemplar y ordenar el mundo, es el principio y fundamento de toda formación, de toda cultura, de toda sociedad y moral. El que considera intercambiables, siquiera por un momento, el espíritu y la naturaleza, el

espíritu y la libertad, el bien y el mal, es el más terrible enemigo del orden... Pero la realidad suprema es la mágica experiencia de la convertibilidad de todos los estatutos, de la presencia igualmente justificada de los polos opuestos.

(264)

Para mi íntimo sentir toda verdad es bipolar, de suerte que cada polo me resulta igualmente valioso... a condición de percibir la verdad, de pensarla de modo dinámico, de tomarla en serio.

(265)

Todo conocimiento, en sentido pleno, tiene un único objeto. Este objeto es conocido por innumerables mentes y de innumerables formas, y expresa, sin embargo, una sola verdad. Es la verdad de la posibilidad de superar toda pareja opuesta, de transformar lo blanco en negro, la noche en día, el bien en mal. Esta posibilidad descansa en el simple reconocimiento de la relatividad de todas las propiedades y valores, y en la toma de conciencia de lo que es el alma: tal vez el juego de millones de relaciones cuyo punto central es cada persona.

Una vez alcanzado este supremo y único

conocimiento (como ocurre en Jesús, en Platón, en Buda, en Lao Tse, en Goethe o Dostoievski), hemos traspasado un umbral detrás del cual empiezan los milagros. El «enemigo» se convierte en hermano, la «muerte» en nacimiento, toda cosa de la tierra aparece duplicada, es «de este mundo» y a la vez «no de este mundo». «Este mundo» significa lo que está «fuera de nosotros». Todo lo que está fuera de nosotros puede convertirse en enemigo, en peligro, en miedo y muerte. Con la experiencia de que todo lo «exterior» no es sólo objeto de nuestra percepción, sino al mismo tiempo creación de nuestra alma, con la transformación de lo exterior en lo

interior, del mundo en el yo, empieza a amanecer.

(266)

El «despertar» nada tenía que ver, en apariencia, con la verdad y el conocimiento, sino con la experiencia y el contacto con la realidad. En el despertar no es que uno se aproximara más al meollo de las cosas, sino que captaba, realizaba y padecía sólo la reacción del propio yo frente al estado de cosas en aquel momento. No se descubrían leyes, sino decisiones; no se alcanzaba el centro del mundo, sino el centro de la propia persona. Por eso aquella vivencia era tan escasamente

comunicable, tan extrañamente refractaria al enunciado y la formulación; las comunicaciones de esta dimensión de la vida no parecían entrar en los objetivos del lenguaje. Si alguien, por excepción, llegaba a entender algo, se encontraba en parecida situación, como quien participa en la misma experiencia y el mismo despertar.

(267)

A veces tengo algún atisbo de la armonía del universo. Como no me es fácil comprobarla en mi vida corporal e instintiva, tengo que buscarla en lo espiritual, y aquí, si uno quiere ser consecuente, tiene que recurrir

finalmente al entendimiento, que es la única de nuestras facultades capaz, si bien en pugna con nuestra vida pasional, de sentirse de modo permanente de acuerdo con el orden del mundo y darlo por bueno. Como resulta que ni la guerra, ni la vida de los pueblos, ni siquiera lo más valioso del arte es algo dictado por el entendimiento, queda una laguna.

(268)

Lo que tú llamas «voluntad» es una especie de talante y de moral que se nutre con fuerzas de la vida instintiva inconsciente. A mí no me parece deseable sin más que podamos elegir

por nosotros mismos el estar alegres o tristes y lo podemos justificar racionalmente. Para la razón y la lógica, la vida no ofrece motivo de alegría ni de tristeza. Lo que sí podemos es echar a perder el valor, la vida y el sentido de nuestros «humores» si nos empeñamos en someterlos excesivamente a la razón.

(269)

Encontrar en cada persona los caracteres que le diferencian de los demás es conocerla.

(270)

¡Qué sería de nosotros y qué sería de la filosofía si la aspiración a la verdad

fuera reemplazada por la posesión de la verdad!

(271)

EL tiempo pasa, y la sabiduría queda. Esta cambia sus formas y ritos, pero descansa en todas las épocas sobre el mismo fundamento: la ordenación del hombre a la naturaleza, al ritmo cósmico. Por mucho que las épocas inquietas se esfuerzen en emancipar al hombre de este ordenamiento, la aparente liberación conduce siempre a la esclavitud, y también el hombre actual, tan emancipado es un dócil esclavo del dinero y de la máquina. Lo mismo que alguien retoma del asfalto

variopinto de la gran ciudad al bosque, o de la alegre y torturante música de las grandes salas a la música del mar, así vuelvo yo, una y otra vez, de todas las breves y tensas aventuras de la vida y del espíritu a estas antiguas, inagotables sabidurías. No se hacen más viejas a cada retorno, permanecen sosegadas y aguardándonos, siempre nuevas y espléndidas, como lo es el sol cada día, mientras que la guerra de ayer, el baile de moda ayer, el coche de ayer, resultan hoy tan viejos, y pasados, y ridículos.

(272)

Lo que poseemos no se deja ver y apenas tenemos conciencia de ello.

(273)

Del mismo modo que bajo el microscopio algo invisible o feo, una brizna de basura, puede transformarse en cielo estrellado, también bajo la mirada de un verdadero psicólogo la más pequeña reacción de un alma, por minúscula que sea, por tonta o absurda o peligrosa que sea, se convertiría en espectáculo sobrecogedor. Se vería en ella una reproducción simbólica de lo más sagrado que conocemos: la vida.

(274)

Lo digno de decirse, mas nunca decible del todo, permanece eternamente Uno.

(275)

# Lectura y libros

Un buen lector vale mucho más que cien mil lectores superficiales. De ahí que, en otro orden de cosas, las empresas, victorias y fundaciones de los dictadores, conquistadores, etc., sean tan poco consistentes, pues sólo se apoyan en la cantidad y se han llevado a cabo con ayuda de la cantidad.

(276)

Todo libro que leemos hace oscilar nuestra brújula interior; todo espíritu

ajeno nos muestra desde qué puntos tan diferentes cabe contemplar el mundo. Lentamente se va luego sosegando la inquietud, la aguja vuelve a la antigua dirección, la propia de cada uno de nosotros según su temperamento. Así me ocurrió a mí en una pausa de lectura. Se puede leer mucho, y un aficionado a leer y marginado de la vida consume los libros y las opiniones como el hombre social consume hombres... y uno se admira con frecuencia de la cantidad que puede tolerar Pero luego hay que arrojarlo todo por la borda y pasear un rato por el bosque, observar el tiempo y las plantas, las nieblas y los vientos, y reencontrarse en sí el punto sosegado a

partir del cual el mundo adquiere  
unidad.

(277)

Quien se ha familiarizado un poco con el mundo imperecedero de los libros pronto entrará en una nueva relación, no sólo con el contenido, sino con el libro mismo. Se nos predica con frecuencia el deber de leer libros y de comprarlos, y yo, como viejo amigo de los libros y poseedor de una no pequeña biblioteca, puedo asegurar por experiencia que la compra de libros no sirve únicamente para dar de comer a libreros y autores, sino que la posesión de libros (aparte de su lectura) ofrece sus propias alegrías y

comporta su moral específica. Un goce, por ejemplo, y un deporte delicioso puede ser el ir creando, con muy escaso presupuesto, a base de utilizar las ediciones más baratas y con el repaso constante de numerosos catálogos, paulatinamente y con vista, tenacidad y astucia, una pequeña pero bonita biblioteca. Y a la inversa, las personas adineradas y cultas pueden obtener exquisitos goces buscando de cada libro preferido la mejor y más bella edición, coleccionando libros raros y viejos y haciéndolos encuadernar en forma original, bonita e ideada con cariño. Hay muchos caminos, muchas posibilidades en este terreno, desde la

escrupulosa administración de los ahorrillos hasta el lujo extremo.

(278)

¿Por qué no se ha de entretener uno con libros? Muchas veces son tan inteligentes como los hombres y tan graciosos como ellos, y menos impertinentes.

(279)

Para el hombre actual, el ocuparse de mitos, leyendas y cuentos equivale a evocar la propia infancia... Sólo la persona totalmente ayuna de cultura puede rechazar las creaciones míticas de épocas pasadas o de los pueblos

primitivos, con la vana superioridad del hombre moderno, como fantasmas cerebrales. Sí, se puede afirmar que, al extinguirse lo mítico, la poesía ha perdido en contenido, que desde hace siglos la creación literaria sólo ha trabajado con los restos de tiempos mejores.

(280)

La poesía crea un espacio mágico donde lo inconciliable puede conciliarse y lo imposible se hace real. Y a este espacio imaginario o suprarreal corresponde un tiempo de las mismas características, el tiempo de la poesía, del mito, del cuento, que contradice al tiempo

histórico y datable y es común a las leyendas y cuentos de todos los pueblos y todos los poetas... Aunque la auténtica magia se haya convertido en fenómeno raro, aún sigue viva en el arte.

(281)

Toda poesía es, antes que nada, un valor estético, y la estética, el conocimiento de lo bello, no es ciencia, pese a todas las tentativas y esfuerzos para que lo sea; no se puede aprender ni reducir a métodos. Lo que los profesores explican, por ejemplo, de un poema se refiere siempre a contenidos y valores secundarios: aspectos sociológicos, útiles, morales, educativos o religiosos.

Lo peculiar del poema, su irreductibilidad y belleza pueden quedar ocultos, y si a uno se le escapan, por muy sutiles y doctas interpretaciones que haga en torno a los «contenidos» no llegará a captar lo más auténtico, Por supuesto que hay excepciones. Cuando una mente gemela interpreta un poema, su interpretación puede valer tanto como el poema. Esto viene a ocurrir una vez por cada millón de casos. Aprenda usted los métodos de la filología germánica, no son malos; mas no olvide nunca que con estos métodos no es posible descubrir lo auténtico y maravilloso.

(282)

Yo soy amigo de las categorías puras, y considero totalmente equivocado buscar orientación o aclaraciones en la poesía cuando se trata de materias sobre las que podemos informarnos mucho mejor por otros libros no poéticos.

(283)

La ciencia de la literatura se me ha representado siempre como asunto de pandectas polvorientas, como mundo umbrátil, apolillamiento de museo y a veces hurto en cadáveres. En ella, una especie de sectarios transcribieron opiniones de sectarios fallecidos, para futuros sectarios. Y cuando pugnaban

entre sí, se trataba siempre de peleas entre sectas, al margen de esta realidad que para mí significa la literatura. Estimo que la literatura no se puede tomar como un manjar a punto, aderezado por otros sino que cada cual debe conquistar trozo a trozo. Es preciso leer los libros antiguos, y uno mismo ha de formar sus juicios.

La auténtica creación siempre encontrará lectores mientras tenga contenido las verdades y las situaciones básicas del hombre —y lo muerto, muerto está—. Es decir, si yo admito la ciencia de la literatura, es sólo como historia de las ideas y en sus componentes sociológicas: en la medida

que nos aclara ciertas circunstancias sociales que permiten entender una determinada época de la literatura.

(284)

El «lector individual» es, por lo general, más pobre de léxico, pero mucho más inteligente, que esa opinión pública formada por un estamento de intelectuales sin sustancia y que, afortunadamente, no es tan poderosa como parece creer.

(285)

No es la abundancia o novedad de las ideas lo que hace duraderas las creaciones literarias; tampoco es la

mera fuerza de la personalidad artística, sino el grado de maestría, de fidelidad y responsabilidad en la lucha con las dificultades de la labor artística, en la lucha también con las seducciones del éxito y de la adaptación a la adaptación a la moda del momento. Cuando se ha alcanzado esta maestría, es suficiente por sí sola, independientemente del contenido para hacer perdurar las creaciones de suerte que aún tras largos períodos de desatención, vuelvan a ser «actuales» y puedan deleitar a nuevas generaciones.

(286)

Todo lo que parece haber fenecido

puede retornar un día. Hoy leemos y nos gustan algunos poetas del pasado de los que nuestros padres apenas conocían los nombres y ante los que se encogían de hombros, y nosotros hemos olvidado y nos encogemos de hombros ante poetas que una generación atrás figuraban muy arriba en los catálogos de los clásicos. El tesoro de una nación en arte y poesía es como el tesoro del individuo en recuerdos y experiencias: ninguna perece del todo y todas pueden reaparecer y actualizarse en cualquier momento, sí bien lo que en cada instante se refleja en la conciencia es sólo una millonésima parte del patrimonio total.

(287)

Esta es la diferencia entre arte y fuegos de artificio: de las creaciones del verdadero arte nos queda un precipitado que puede mezclarse con lo vivido, con lo más propio, con los más hondos recuerdos infantiles y los más íntimos anhelos personales, y puede traer nuevo colorido a nuestra vida anímica, aun mucho después de haber leído el poema y haber olvidado acaso los nombres de los libros y del poeta.

(288)

No menos importantes que las interpretaciones que los pensadores actuales hacen sobre el mundo y la

época son, para el presente, las reediciones, reelaboraciones y antologías de la antigua literatura de calidad. La forma como una generación administra la herencia intelectual es uno de los más importantes síntomas de la cultura.

(289)

El principio de que la literatura existe para ofrecer al pueblo un manjar sencillo, sano, estimulante, que ayude a prevenir los conflictos, este principio será admitido sin duda, al pie de la letra, por el señor Goebbels o el general Franco. Caben diferentes opiniones sobre el tipo de arte que se debe hacer,

pero el problema afecta sólo, por desdicha, a los fabricantes de arte, no a los auténticos artistas, pues éstos no tienen opción sobre lo que han de hacer.  
(290)

El lector medio imagina al autor en una suerte de noble retraimiento y semiociosidad, ocupado en escribir sus libros, en los cuales decanta su vida interior, protegida del mundo externo por la propia antífona, y apenas tiene idea de la situación sociológica y moral, tensa y poco segura, del autor actual frente a la «sociedad», la cual casi no existe ya desde que nuestra humanidad se ha convertido en masa uniformada sin

rostro o bien ha degenerado en suma de millones de individuos aislados, ligados entre sí por el miedo y la nostalgia.

(291)

Quien se entrega y somete a ciegas y voluntariamente a un autor, un profesor o una doctrina, quien trata de imitar al héroe de una pieza literaria en lugar de servirse de él para afianzarse en el propio camino, ese tal no tiene personalidad ni ideas propias sin el libro y sin el autor. Y si la gente ansia enrolarse, siempre es mucho mejor que se apunten a las doctrinas de no violencia que a las otras.

(292)

El que carece de sensibilidad para el verso tampoco percibirá, al leer buena prosa, los valores más exquisitos y el encanto y belleza del lenguaje.

(293)

Leer un poema es de todos los goces literarios el supremo y más exquisito. Sólo la lírica pura es capaz, a veces, de esa perfección, sólo ella alcanza esa forma ideal, penetrada totalmente de vida y sentimiento, que es el secreto de la música.

(294)

La lengua alemana con sus grandes creaciones, desde la epopeya de los

Nibelungos, pasando por Lutero y Goethe, hasta hoy, esta lengua rica, elástica y llena de fuerza, con sus numerosos juegos, caprichos e irregularidades, con su gran musicalidad, su inspiración y su humor, ha sido el más preciado tesoro, el compañero más fiel y el mejor consuelo de mi vida, y cuando se ensalzan y encomian poemas y poetas de esta lengua, la parte principal le corresponde a ella. Los poetas colaboramos en la construcción y diferenciación de la lengua, pero lo que los mayores poetas le pueden prestar y añadir es muy poco, es nada en comparación con lo que la lengua nos da y significa.

(295)

Todo lo escrito se desvanece a corto o largo plazo. El Espíritu universal lee todos los escritos, asiste a la extinción de todos los escritos, y sonrío. Para nosotros es bueno haber leído algunos de ellos y adivinar su sentido. El sentido que se sustrae a todo escrito y, sin embargo, reside secretamente en él, es siempre el mismo.

(296)

# Realidad e imaginación

Cada uno de nosotros sigue viviendo más o menos contento y descansa en su mundo ficticio y en su mapa conocido mientras no siente irrumpir de pronto, por cualquier rotura de diques o cualquier pavorosa iluminación, la realidad, lo inconmensurable, lo terriblemente bello, lo terriblemente espantoso, que le abraza sin remedio y le atrapa mortalmente. Este estado, esta iluminación o este despertar, este vivir en la realidad desnuda nunca dura

mucho tiempo, lleva la muerte en sí: cuando a alguien le ha sobrecogido, cayendo en su torbellino alucinante, dura exactamente el tiempo que un hombre puede aguantar, y luego acaba o bien en la muerte o bien en la huida precipitada a lo irreal, a lo tolerable, lo ordenado, lo dominable. En esta zona tolerable, templada, ordenada, de los conceptos, los sistemas, los dogmas, las alegorías, vivimos las nueve décimas partes de nuestra vida. Así vive el modesto ser humano contento, tranquilo y metódico, aunque a veces echando pestes, en su casita o su piso, arriba el techo, abajo el suelo y entre medio y a distancia un saber del pasado, de su origen, sus

antepasados que eran y vivían casi como él, y por encima, además, un orden, un Estado, una Ley, un Derecho, un Ejército, hasta que de improvisto todo esto desaparece y se desmorona en un santiamén, convirtiéndose el techo y el suelo en rayos y truenos, el orden y el derecho en fracaso y caos, la paz y el bienestar en angustiosa amenaza de muerte, hasta que todo el mundo de ficción, tan inmemorial, tan venerable y seguro queda reducido a llamas y escombros y sólo existe ya lo inconmensurable, la realidad. Podemos llamarlo Dios, lo monstruoso e incomprensible, lo tremendo, lo que se impone perentoriamente por su realidad,

pero con los nombres no gana nada en intelección, en claridad y tolerabilidad. El conocimiento de la realidad, siempre momentáneo, puede alcanzarse en medio de una granizada de bombas durante la guerra, es decir, por armas que, según las declaraciones de más de un ministro, con su terribilidad nos obligarán un día a transformarlas en rejas de arado; para el individuo basta con frecuencia una enfermedad, a veces una caída momentánea de su temple vital, el despertar de una pesadilla, una noche de insomnio, para enfrentarle con lo inexorable y hacerle ver como problemático, por un instante, todo orden, todo bienestar, toda seguridad,

toda fe, todo saber.

(297)

En los momentos en que nos enfrentamos desnudos con la verdad, nos falta siempre la seguridad de la buena condena y la grata sensación de la fe incondicional en nosotros mismos. En el momento de lucidez, una persona sería capaz de matarse a sí misma, mas no a otra. En el momento de lucidez, la persona corre grave peligro, pues no está defendida y tiene que confiarse a la verdad, y aprender a amar la verdad y sentirla como elemento vital es muy difícil, ya que el hombre es, ante todo, criatura y adopta una actitud hostil ante

la verdad. Y de hecho la verdad nunca es como uno quisiera, sino que es siempre inexorable.

(298)

La idea de que la naturaleza es cruel supone una actitud típicamente antropocéntrica... La naturaleza existe, está ahí y actúa, y nosotros formamos parte de ella, y nos equivocamos al forjar ideas sobre «la naturaleza» y sentirla como algo extraño y hostil.

(299)

La distinción entre el fuera y el dentro es familiar a nuestro pensamiento, pero no es ineludible. Nuestra mente tiene la

posibilidad de retrotraerse, por detrás de las fronteras que le hemos trazado, al más allá. Más allá de los pares opuestos de que consta nuestro mundo comienzan nuevos tipos de conocimiento.

(300)

Me gustaría encontrar una expresión para designar la ambigüedad, me gustaría escribir capítulos y frases donde aparecieran siempre a la vez la melodía y el contrapunto, donde toda variedad se acompañara de la unidad, toda broma de la seriedad. Pues sólo en eso consiste, a mi ver, la vida: en el fluctuar entre dos polos, en el vaivén entre las dos direcciones básicas del

mundo. Me gustaría señalar siempre, fascinado, la feliz policromía del mundo y recordar al mismo tiempo que bajo esta policromía subyace una unidad.

(301)

Esto es magia: intercambiar el fuera y el dentro, no a la fuerza, no penosamente, sino con libertad, espontáneamente. Evoca el pasado, evoca el futuro: ambos están en ti. Hasta hoy has sido esclavo de tu interior. Aprende a ser señor. Esto es magia.

(302)

Es una vieja experiencia que los problemas que nos afectan internamente

en un momento dado los encontramos también, como por arte de magia, en el mundo exterior. Quien proyecta hacerse construir una casa o cavila sobre la necesidad de deshacer su matrimonio o de operarse, está averiguado que ve a su alrededor, con sorprendente frecuencia, el mismo problema y personas preocupadas del mismo asunto. Idéntica experiencia tengo yo hecha con mis lecturas: en épocas en que algún problema vital me absorbe totalmente, de todas partes me llueven, sin buscarlos, libros donde se ventila de algún modo ese problema.

(303)

Harta metafísica hace falta para presentar lo imposible como simple y obvio. No me gusta.

(304)

Todo lo hostil desaparece de improviso y queda superado tan pronto logra uno desechar la idea del tiempo.

(305)

Nuestra alma posee en sí un arte mágico en el que podemos confiar, ella busca el Todo y aspira a llenar toda laguna, a suplir todo fallo. Tiende a compensar cada incapacidad con un elevado rendimiento en otra esfera y arranca los

sonidos más delicados, más hondos, más dulces en la persona más sensible, más débil, más infeliz, para encomiar la vida, para decir sí, para alabar a Dios.

(306)

El sentido y la esencia no están detrás de las cosas; están en ellas, en cada cosa.

(307)

La poesía del viajar consiste en incorporar nuevas experiencias, en incrementar nuestra comprensión de la unidad en la variedad, en reencontrar viejas verdades y bajo circunstancias totalmente distintas.

(308)

Los niños son generosos y capaces de albergar en su alma, gracias a la magia de la fantasía, cosas cuyo contraste daría lugar en las cabezas de los mayores a la más violenta guerra y oposición disyuntiva.

(309)

Siempre tiene que existir un ejemplar de mi especie, de lo contrario se extinguiría la revolución y la lucha de la fantasía contra la maldita «realidad».

(310)

Los prudentes y activos califican

siempre los juegos de fantasía como «huida», y con ello reconocen que la realidad de la que el artista creador «huye» no es, en efecto una morada muy apetecible.

(311)

El reino de la libertad es también el reino de los espejismos.

(312)

Las tragedias no deben impedirse, pues no son desgracias, sino choque de mundos contrapuestos.

(313)

Así leemos esto o aquello, y nos

debatimos un rato en el mundo de los problemas eternos que no podemos solucionar y sí sólo vivir, y al final la vida nos lanza siempre de nuevo a un punto donde podemos ensayar, una vez más, lo supuestamente imposible y abordar lo supuestamente irremediable con nueva ansia, con nuevo afán. Y en el viejo juego, tan vano en apariencia, hay siempre para el pensador un consuelo: que todo lo temporal es superable, que el tiempo es ilusión, que los estados, las situaciones, los ideales, los períodos de la vida no sólo transcurren según un esquema lógico y se engarzan en línea causal, sino que, aparte de ello, poseen una existencia eterna, extra temporal;

que, por tanto, el reino de Dios o cualquier otro ideal proyectado a distancias temporales, aparentemente remotísimas, puede hacerse experiencia y realidad en cada momento.

(314)

Pese a todos los saberes acumulados, son pocos los que saben y sienten de verdad que el hombre y la humanidad no son algo realizado, listo y concluso, sino ideales, proyecciones, imágenes divinas, postulados.

(315)

# Arte y artistas

El arte es una de esas funciones del hombre cuya misión es procurar que el humanismo y la verdad perduren, que no todo el mundo ni toda la vida humana degeneren en odio y partido, en Hitlers y Stalins. El artista ama a los hombres, sufre con ellos, a menudo los conoce mucho más profundamente que el político o el economista; mas no está por encima de ellos como un dios o un redactor jefe que sabe exactamente cómo debiera ser todo.

(316)

Ya la más mínima obra de arte, un boceto a lápiz de seis trazos o un poema de cuatro versos, ataca ciega e intrépida lo imposible, va por el Todo, ¡quiere encerrar el caos en la cáscara de nuez!

(317)

El secreto de todo arte auténtico consiste, tal vez en aunar la *ratio* y la magia.

(318)

Lo que permanece es sólo el modelo, no la copia.

(319)

En el arte vale lo atemporal, no la moda.  
(320)

Un personaje de novela que a los treinta años aparece anticuado ha sido una curiosidad, no un símbolo. Los personajes cuyo elemento esencial es temporal pasa de moda. Los símbolos cuyo elemento temporal es sólo un ropaje de lo eterno, permanecen. El conde de Montecristo ha muerto, pero Ulises vive. Viven también Don Quijote, Wilhelm Meister, Hamlet, y siguen viviendo hoy Quintus Fixlein, Siebenkäs y el verde Heinrich, el pequeño e ingenuo holgazán de Eichendorff, no menos que el gran Wallenstein de

Schiller. Pues sé no todas son representantes en primera línea de su tiempo, son simplemente hombres. Lo que constituye su destino está presente y es posible en todos los tiempos.

(321)

En toda la historia de la humanidad nada hay más interesante —en realidad es lo único importante— que el proceso de sublimación. La capacidad del hombre, a veces para poner sus instintos al servicio de objetivos supraegoístas, espirituales, religiosos, culturales, la entrega al espíritu, los santos y los mártires, esto es para nosotros lo único positivo y consolador en la historia

universal y lo único que queda de la historia. Que la sublimación no es una palabra sin sentido, sino que está ahí como posibilidad, como ideal, como exigencia, como algo efectivo y digno de nuestro máximo respeto, lo atestiguan desde tiempo inmemorial los mitos, las sagas, las leyendas y las historias.

(322)

Una de las contradicciones de esta vida, cuyo cariz trágico tan a menudo y con tanta facilidad se recubre de lo cómico, es que nosotros los artistas de nada nos enamoramos con la mitad de nuestra alma y nos dejamos arrebatados como del instante, lo efímero, el juego cambiante

de los rostros de la vida, y en la otra mitad abrigamos ese anhelo profundo de duración, de reposo, de eternidad, ese anhelo que una y otra vez nos empuja a intentar lo imposible: la espiritualización y perpetuación de lo pasajero, la cristalización de lo fluido y mudable, la retención del momento.

(323)

Nosotros no creemos en ninguno de los ideales de este tiempo, ni en el de los dictadores ni en el de los bolcheviques, ni en el de los profesores ni en el de los fabricantes. Pero creemos que el hombre es inmortal y que su imagen puede curarse de todas las deformaciones y

salir purificada de todos los infiernos. Nosotros creemos en el alma, cuyos derechos y aspiraciones, por tanto tiempo y tan duramente sofocados, jamás pueden morir. Nosotros no tratamos de explicar nuestro tiempo, ni de mejorarlo, ni de adoctrinarlo, sino que buscamos, al manifestar nuestro propio dolor y nuestros sueños, abrir el mundo de las imágenes, el mundo del alma, el mundo de la vivencia. Estos sueños son en parte atroces pesadillas, estas imágenes son en parte horribles espantajos: no debemos embellecerlos, no debemos camuflar nada.

(324)

Todo lo bueno que podemos mostrar en arte y literatura no es fruto de una venal capacidad de adaptación y de un feliz instinto de la actualidad, sino del carácter y la necesidad, casi siempre a contrapelo y en guerra con la época y con sus exigencias niveladoras.

(325)

Toda cultura ha nacido de la introversión.

(326)

En arte, al contrario de lo que sucede en la industria, el tiempo no juega ningún papel; no se ha perdido el tiempo si sólo

al final se alcanza lo máximo posible en intensidad y perfección.

(327)

Las creaciones de valor en la vida artística tienen siempre por base la utilización del pasado y una recuperación de valores antiguos olvidados.

(328)

Siempre que la vida aparece por un instante bajo una figura perfecta, ofrece un cariz ambiguo. No hay música noble que no nos produzca a unas horas la impresión de la sonrisa infantil y a otras la de la más profunda tristeza. Así es la

belleza siempre y doquier: instante mágico, apagándose ya en el esplendor, tocado del soplo de la muerte.

(329)

En último extremo todo arte, y de modo especial la creación literaria, debe justificar su existencia no sólo causando placer, sino influyendo en la vida como consuelo, como clarificación, como advertencia, como auxilio y fortalecimiento para mantener la vida y superar las dificultades.

(330)

Por lo que al arte se refiere, sé bien que todo poema o cuadro auténtico, todo

compás de música, nace de la vida y del dolor y se paga con sangre, exactamente igual que ocurriera en cualquier tiempo pasado. Nada ha cambiado en el mundo, fuera de lo que siempre ha estado en la superficie y podía variar con facilidad: la opinión y la moral pública. Y, por fortuna, contra éstas puede protegerse perfectamente el que trabaja en serio: hace falta un poco de renuncia y ascesis, pero vale la pena.

(331)

En todas partes los hombres son idénticos, y el número de materiales típicos, de combinaciones y constelaciones es limitado.

(332)

No dejar que nuestra ajetreada vida laboral se deshumanice del todo, oponer a su mecanismo monstruoso los criterios y valores de lo humano y orgánico, tal es hoy día la función más importante de todo arte.

(333)

El arte nunca es expresión del azar o de la voluntad individual, sino siempre de la necesidad. El giro de lo refinado a lo estridente, el giro de Thomas Mann a Heinrich Mann, de Renoir al expresionismo, es un giro a nuevas zonas de nuestra alma, es el

alumbramiento de nuevos manantiales y abismos de nuestro inconsciente. En él emerge siempre e inevitablemente un fragmento de la más lejana juventud, un trozo atávico, y se hunde buena parte de una bella, valiosa y noble tradición. Pero es vano querer retener lo que se hunde, y más todavía querer eliminar con la mofa y la ignorancia lo nuevo que nace. Así, no se pudo eludir la guerra, ni la revolución; el filisteo quiso cerrar los párpados y los ojos y ponerse algodón en los oídos, pero el viejo mundo pereció, reduciéndose a escombros.

(334)

Toda persona singular, delicada, tierna,

temperamental e inquieta, como son los artistas, representa una tentativa de la humanidad hacia nuevas posibilidades, y cuanto mejor adivina esto el artista y lo expresa en sus obras, tanto más fuerte será su influjo, aunque tal vez no desde el primer momento.

(335)

Los poemas realmente impregnados de la magia de lo mítico no evocan lo leído, sino lo soñado. Aquí está el umbral donde el hoy se toca con lo que fue siglos atrás. En los sueños volvemos a encontrar ese mundo de las asociaciones y los símbolos, al margen de la lógica, del que un día nacieran las sagas y cuentos de todos los pueblos.

(336)

Las artes no sirven a la idea, sino a la vida; son funciones como el sueño y los sueños, no son los guías éticos de los hombres (esta función se la reparten las religiones y los despertadores de la conciencia), sino que sirven a necesidades más distintas, de tipo biológico.

(337)

Nuestro tiempo habla y grita más sobre el arte que cualquier tiempo pasado, pero no mantiene con el arte una relación más próxima o más pura que las generaciones anteriores. Al contrario. Y

una prueba de ello es, entre otras, la falta de sentido, absolutamente grotesca, para la heterogeneidad del arte. No existe la complacencia en lo individual, no se acepta con gratitud la presencia de contrastes y complementos en la vida artística de la época, sino que se crean modas y patrones y se desprecia por comodidad y estrechez de miras todo lo que se resiste a coincidir con los cánones del momento.

(338)

En tanto la cultura es sólo una forma de vida de las masas y en tanto es simple moda, cabe hacer pronósticos sobre ella; pero en tanto es creación y espíritu,

se desarrolla en el círculo de una muy exigua minoría, y sólo cuando las generaciones siguientes reflexionan sobre ella admite, en apariencia, el encasillamiento dentro de un sistema causal.

(339)

Nuestro tiempo reacciona con más viveza y seguridad a lo que hay de intelecto y de voluntad en el arte que a lo propiamente creativo, que no es sino esa íntima identificación con la naturaleza. El que posee esto, el que mora junto a las raíces, cerca de las fuentes, podrá permanecer largo tiempo ignorado, y esto le podrá afligir o

molestar pero quedará intacto.

(340)

Sin la intervención de la inteligencia, de la crítica, de la autocrítica, el arte degeneraría muy pronto. El diletante piensa: «¡qué importan las palabras, la medida del verso y todo eso, si el corazón está en su sitio!» Pero con eso no basta.

(341)

El «oficio» no genera amor. Pero el refuerzo del sentimiento, del anhelo interior que se produce, casi siempre de modo torpe, en la expresión, nos infunde confianza y amor. Pues los virtuosos con

sus éxitos y ediciones pasan pronto, pero *Final de verano*, con sus pocas ediciones, tiene en torno a sí una corona de firme e íntima gratitud.

(342)

Las «neurosis» pueden ser enfermedades y lo son en la mayoría de los casos, pero la actual neurosis del literato puede ser, en el fondo, síntoma de salud: la única reacción posible de temperamentos espirituales ante una época que sólo sabe de dinero y número, y nada del alma.

(343)

Los artistas e intelectuales somos todos,

hoy día, neurasténicos...; o, más bien, no es que tengamos propiamente «nervios débiles», sino normales, pues los nervios son para hacer posibles las sensaciones, y los artistas con nuestros nervios de fina vibración no nos consideramos enfermos, sino que tenemos por degenerado al hombre de negocios, técnico o deportista actual, capaz de sentirse bien en medio de una ciudad con su ruido, su desolación y todo su espantoso trajín de feria.

(344)

Creo que la vía a seguir por uno de nosotros no es la de la humildad franciscana, tratando de inculcar el

espíritu y el buen gusto a quienes no lo desean, sino que debemos hacer lo contrario y prodigarnos poco, a fin de que el burgués vuelva a sentir respeto ante el espíritu y el buen gusto.

(345)

Mundo infeliz, donde las creaciones ingenuas no tienen derecho a existir y los artefactos atómicos pueden costar millones. Pero si el mundo vuelve a sanar, nuestros juegos intrascendentes sobrevivirán a los profesores del átomo.

(346)

Si nuestro pueblo adolece de la inextirpable tendencia a leer, en lugar de

auténticos literatos, bazofia y pacotilla, y a despreciar y dejar que pasen hambre sus mejores figuras, a mí me emociona, sin embargo, el hecho de que este mismo pueblo, cuando hace ya cien años que el autor ha muerto de hambre, no repare en esfuerzos y en gastos para desenterrarlo, sólo porque esta vez el homenajeadó no es un latoso literato, sino un letrado, funcionario y consejero privado.

(347)

Cuando los artistas o pensadores decimos algo, damos por supuesto que los oyentes son semejantes nuestros, que son eso que yo llamo personas, mientras que el mundo habla ya de «genios». No

está bien visto el afirmar abiertamente que la mayoría de las personas no son personas, ni que la mayoría de los artistas no son artistas. Por eso decía lo del «oficio» en el arte..., pues lo otro, que detrás del arte hay una persona, lo doy por sobreentendido.

(348)

El profeta es un enfermo que ha perdido el saludable y benéfico instinto de conservación, prototipo de todas las virtudes burguesas.

(349)

El genio viene al mundo en medio de una vida para la que él será luz y

aspiración, pero que al mismo tiempo debe extinguirse en él.

(350)

Con frecuencia vemos a grandes y privilegiadas personalidades hundirse ante ciertas resistencias con las que el hombre vulgar sabe bandearse perfectamente, y la sana razón y el hombre medio tienden a calificar a los bien dotados de psicópatas. Y es verdad que lo son, entre otras cosas. Pero muy por encima de ello son héroes, admirables y arriesgados ensayos de la humanidad para ennoblecerse, y su destino discurre en la atmósfera heroica y trágica, aunque tal tipo de héroe

pueda, por un azar, no terminar de mala manera.

(351)

El «héroe» no es el burgués formal y obediente, cumplidor de sus obligaciones. Héroe sólo puede ser el individuo que ha hecho de su noble y natural «obstinación» su propio destino. «Destino y talante son términos que expresan un mismo concepto», dijo Novalis. Pero sólo el héroe tiene el valor de asumir el propio destino.

(352)

Tendemos demasiado a formarnos un esquema de la trayectoria vital de

hombres eminentes del pasado y tranquilizarnos con la idea de que, a la postre, el hombre fuerte y bien dotado ha encontrado su camino y conquistado el puesto que le correspondía. Esta suposición excesivamente burguesa no es sino un desviar la mirada, en gesto cobarde, de la realidad; no sólo muchos de aquellos famosos genios, pese a sus sublimes creaciones, no llegaron a ser lo que el destino y la vocación les prescribía, sino que en todos los tiempos innumerables personas altamente dotadas no encontraron su camino por culpa de las circunstancias externas, o lo alcanzaron demasiado tarde. Nada tiene que ver con esto el que

una vida infeliz y malograda pueda no sólo soportarse, sino quedar ennoblecida con el *amor fati*.

(353)

Para lo genialmente radical es más fácil ganar al artista que al profesor.

(354)

La mística y el arte son antípodas, adversarios y enemigos directos.

(355)

El artista compensa con su obra ciertos fallos de su comportamiento social. Lo que sacrifica en aras de la obra —y es, por lo general, infinitamente más de lo

que el buen burgués medio sería capaz de sacrificar— redundante en provecho de todos.

(356)

La ventaja del artista (enajenado mental) es sólo que su locura no es estéril, sino que posee un valor a causa de sus productos.

(357)

El artista tiende siempre a vaciarse en su confesión, a transferir toda su tarea y su quehacer en la confesión y girar, así, en el círculo mágico de los propios asuntos personales. Pues el artista es un hombre que no puede menos de

encarecer la importancia de su obra, ya que ha desplazado todo su quehacer vital, por tanto, toda la propia justificación de la vida a su obra.

(358)

El artista no tiene la misión de reflejar una visión del mundo universalmente admitida, sino de expresar su propio e intransferible estilo de vida y de experiencia con la máxima fuerza y resolución posible, Se puede pensar en sentido optimista o pesimista, pero sólo cuando este pensar encuentra su expresión incisiva y cabal significa algo para los demás. Y así vemos que, muchas veces, poemas y otras

producciones artísticas de tono muy pesimista nos encantan y nos gustan.

(359)

Todo artista, aun cuando dude mucho de sí y tenga conciencia de lo minúsculo de su talento y capacidad, posee un sentido y una misión y, si permanece fiel a sí mismo, produce desde su perspectiva algo que sólo él puede ofrecer... Si tú pintas conmigo en el Tesino y ambos pintamos el mismo tema, cada uno de nosotros está pintando, más que un trocito de paisaje, su propio amor a la naturaleza, y del mismo tema hace cada cual algo diferente, algo único. E incluso cuando, en ocasiones, nada

podemos sentir ni expresar sino nuestra tristeza o nuestro sentimiento de insatisfacción, también eso tiene su valor. El poema más triste y desesperado, por ejemplo, de Lenau, posee, aparte del desespero, una médula dulce. Y ¡cuántos artistas que pasaron por chapuceros o bárbaros en arte se han revelado más tarde como nobles luchadores cuyas obras producen, muchas veces, más consuelo a la posteridad y resultan más entrañables que las mejores producciones de los virtuosos clásicos!

(360)

Al artista le queda al menos la

posibilidad, al sumergirse en la magia de lo bello, de tener acceso a la profundidad del mundo y vislumbrar su sentido.

(361)

Para el rango del artista no hay otro criterio que el grado de densidad y fuerza que alcanzan sus imágenes, sus visiones.

(362)

Los artistas tenemos la suerte de que nuestra naturaleza y nuestra función, en cualquiera de sus formas, nos remiten, en definitiva, a nuestro taller y nuestros medios. Para un artista no tiene el menor

sentido «luchar» por otra cosa que no sea la perfección de su oficio, y no me refiero a la rutina, sino a la responsabilidad y la clarividencia. Claro está que un artista puede ser, además, reformador y combatiente o predicador, pero el éxito de sus esfuerzos no dependerá de la fuerza de su voluntad y la rectitud de sus convicciones, sino únicamente de la calidad de sus aportaciones como artista.

(363)

Lo que el artista desea para sí, no es la alabanza, sino comprensión para la meta a que aspira, aparte del éxito o fracaso

de sus esfuerzos.

(364)

Yo estoy habituado, como todo artista, a hallar comprensión y simpatía en lectores cuya mentalidad y vida son semejantes a las mías. Esta sintonización no significa mucho. Se aprecia mucho más cuando alguien de otro tipo, de otro temperamento, nos entiende y aprueba.

(365)

Sea que el mundo nos deje en soledad y miseria o nos colme y asfixie de regalos, de premios y medallas de oro, no salimos de lo mismo: un gran malentendido, y como el mundo es lo

permanente y durable y los individuos somos transitorios, tenemos que renunciar a la lucha y la polémica, y aceptar los dones del mundo como si los apeteciéramos, como si los estimáramos en algo.

(366)

El mundo nos paga ciertamente por nuestros primores, a veces más de lo debido, pero no nos paga con vida, con alma, con dicha, con sustancia, sino justo con eso que puede darnos: con dinero, con honores, con acogida en la lista de los prominentes. Sí, caben las más inverosímiles respuestas del mundo a la labor del artista. Por ejemplo, ésta:

un artista trabaja para un pueblo que es su campo natural de acción y su mercado natural, pero el pueblo ignora la obra que se le ha dedicado, le rehúsa el artista el reconocimiento como le rehúsa el pan. De pronto se acuerda de él otro pueblo, un pueblo extranjero brinda al desairado artista lo que más o menos se ha merecido: reconocimiento y pan. En ese momento echa las campanas al vuelo el pueblo que fuera destinatario natural de aquella labor y se congratula de que un hijo suyo sido distinguido de ese modo. Y no es esto, ni menos, lo más peregrino que puede ocurrir entre artista y pueblo.

(367)

Los premios y distinciones no son, desde el punto de vista del receptor, una alegría, una fiesta o un merecimiento. Forman parte del complicado fenómeno, hecho en gran parte de malentendidos, que se llama celebridad, y deben aceptarse como lo que son: intentos por parte del elemento oficial de defenderse de su perplejidad ante la labor no oficial. Es, de una y otra parte, un gesto simbólico, un acto de cortesía y buenos modales.

(368)

Con la fama ocurre como con el alud, cuyos efectos padece al máximo quien

cae bajo él.

(369)

Hay personas que viven de agitar el incensario y otras que viven de destruir monumentos. Nosotros no debemos tomar en serio ninguna de las dos especies de caradura.

(370)

La gente hace valer sus derechos ante el famoso en forma peregrina, pues no hay diferencia alguna entre el niño prodigio, el compositor, el literato y el ladrón asesino. El uno quiere tener su foto, el otro un autógrafo, un tercero le pide dinero, todo joven colega le envía

trabajos, le adula por todo lo alto y le suplica un juicio, y si el famoso no contesta o da realmente su opinión, el mismo que se deshacía en alabanzas se vuelve de pronto amargo, grosero y vengativo.

(371)

Pertenece a la esencia del arte expresar la realidad en forma potenciada y revelar un sentido misterioso de la naturaleza que el hombre desde tiempo inmemorial se siente impulsado a descubrir e idear.

(372)

Cuando topemos con algo que es algo

así como música, quedémonos allí; a lo único que hay que aspirar en la vida es al sentimiento de la música, sentimiento de sintonía y vivir rítmico, de justificación armónica de la existencia.

(373)

El más genial director de orquesta se convierte en elemento negativo tan pronto se otorga excesiva importancia.

(374)

Todos los clásicos representan un final, son herederos y dilapidadores, y una maravilla como Mozart, por ejemplo, lleva en sí, junto al máximo esplendor, el signo contrario: el melancólico

presentimiento de que en esa maravilla no se renueva una antigua, lenta y noble expansión, sino que se agota y consume.  
(375)

Lo viviente es un devenir, no un ser. Así también, lo que usted llama «cultura» no es algo definitivo y concluso que se puede heredar y cultivar o desechar y destruir.  
(376)

La creación poética o artística, en broma o en serio, no es, en primer término, un asunto público, sino una función vital del creador, un manantial que fluye, un pulso que late. Se puede, desde luego,

sacrificar esa función, pero sólo debe hacerse si la vida lo exige.

(377)

Amar el mundo y la vida, amarlos en la tortura, abrirse con gratitud a cada rayo de sol, y en el dolor no perder del todo la sonrisa: esta lección de toda auténtica poesía jamás pasa de moda y es hoy más necesaria y oportuna que nunca.

(378)

No faltan autores cuya desesperación por nuestro tiempo y cuya angustia ante el caos son auténticas. Pero faltan autores cuya fe y amor sean suficientes para mantenerse encima del caos.

(379)

Por bello y noble que sea el orden... es preciso sentir en su proximidad la noche y el caos para dejarnos sobrecoger del todo por un poema.

(380)

Un poema no es sólo contenido; es tanto más poema cuanto más transmuta, mediante la alquimia artística, sus contenidos en forma, cuanto más los sublima en línea y en melodía.

(381)

No se trata de formular, una vez más, pensamientos necesarios, pero ya cien

veces formulados, sino de identificarnos de tal suerte con el espíritu de la lengua que los contenidos de lo escrito se vuelvan accesorios.

(382)

Hay que recordar de cuando en cuando que para un pueblo sus grandes literatos no son una especie de ilustres payasos y exquisitos decidores con los que cabe pasar a veces un ratito agradable, sino algo totalmente distinto: precursores, finísimos órganos de tanteo que en cierto modo anticipan y experimentan en sí una porción de futuro, unas posibilidades evolutivas. Los poetas y pensadores en la medida que supieron mostrarse

valientes y aduladores, son para todo pueblo sus más nobles, aunque también más peligrosos, modelos. Pues estos modelos no proponen a la imitación un catálogo de deberes y orientaciones de fácil cumplimiento, sino que proponen y enseñan justo lo contrario; el camino de la soledad y de la conciencia personal.

(383)

Nuestro tiempo no es peor ni mejor que otros tiempos. Es un cielo para el que comparte sus fines y sus ideales, y es un infierno para el que se opone a ellos. Ahora bien, dado que el literato, si quiere permanecer fiel a sus raíces y su vocación, no puede engancharse al

mundo triunfalista que trata de conquistar el planeta mediante la industria y la organización ni al mundo de la racionalización vigente en nuestras universidades, sino que su única tarea y misión es ser servidor, caballero y abogado del alma, se ve condenado en la actual coyuntura histórica a una soledad y un sufrimiento que no todos pueden soportar... Así vemos a la mayoría de los literatos actuales (su número es exiguo) adaptarse como sea al espíritu de los tiempos, y precisamente a estos literatos les llueven los éxitos a nivel superficial. Los demás vuelven a enmudecer y se hunden silenciosos en el espacio

enrarecido de este infierno.

(384)

El oficio de poeta es sagrado y lleno de renunciaciones, y no permite desviarse de lo trágico a lo social.

(385)

El espíritu romántico no es en modo alguno un tema de erudición histórica, sino sumamente actual, pues ahí, en el romanticismo, asistimos al último gran vuelo del espíritu alemán antes de la época del materialismo y la superficialización.

(386)

El literato no se dedica a modular cosas bonitas para los lectores, sino únicamente a aclararse a sí mismo e interpretar mediante la magia de la palabra su propio ser y sus vivencias, resulte bonito o feo, bueno o malo.

(387)

En medio de eso que hoy se llama vida intelectual y literatura, una persona con el mínimo de decencia apenas puede representar otro papel que el del noble Don Quijote burlado por todos o el de bufón consciente, cultivador del humor negro.

(388)

No creo que la misión del literato sea representar o fingir una ejemplaridad normativa en el comportamiento humano. Su tarea es sólo permanecer fiel a la propia naturaleza y expresar la propia alma, sea enferma o sana, con la mayor pureza e intensidad posible.

(389)

Dondequiera que en el pasado topamos con una noble cultura, una vida razonable y bella, una sensibilidad llena de espíritu, un sentimiento vital acendrado, vemos claramente que ese estilo de vida superior no puede conquistarse con cañones ni con naves mercantes, sino que reposa secretamente

en nuestra alma y, para aquel que es capaz de sumergirse bajo la superficie, está siempre «en medio de nosotros», como el reino de Dios, que no es otra cosa, en fin de cuentas, que esa elevación de la vida, de la que el Nuevo Testamento, Lao Tse, Hafis o Goethe dan testimonio.

(390)

Creación poética no es un transcribir la vida, sino un condensar, un recoger y compendiar lo azaroso en lo típico y válido.

(391)

Lo que constituye al poeta no es un sano

instinto ni una voluntad orientada hacia lo ético. Se puede ser un santo en la fe y un chapucero en creación poética.

392)

No se trata, en un poema, de si el poeta nos comunica su buen humor o su desesperación, sino únicamente de si ha sabido decir y dar forma al contenido de su poema. Lo que nadie ve en la Alemania actual (digámoslo entre paréntesis) es que la franca confesión y la formulación verbal de un talante desesperado es algo plenamente positivo.

(393)

Toda lírica es reflejo del mundo en el yo individualizado, y respuesta del yo al mundo; es quejido, meditación y juego de una soledad que ha cobrado plena conciencia de sí.

(394)

Si un poema necesita de la música para producir efecto, es que vale poco; pero puede dar pretexto a un buen músico para crear algo bello; hay cientos de ejemplos. Y si un poema es capaz por sí solo de producir efecto, tendrá siempre lectores, y los intentos de los compositores no pueden destruirlo, En general rige esta ley cuánto más

individual y diferenciado es un poema, más resistencia opone al compositor, Y cuanto más simple, más general, más convencional es, con tanta mayor facilidad se le pone música.

(395)

Para el poeta, el lenguaje no es función y medio de expresión, sino sustancia sagrada, como lo son los sonidos para el músico. De ahí que aquellos escritores que sólo utilizan el lenguaje como medio de adoctrinamiento y propaganda y formulan los contenidos racionales de su tiempo con gran aplauso de los contemporáneos caigan tan rápidamente en el olvido.

(396)

Mas por mucho que la poesía se empeñe en imponer determinadas opiniones, no es capaz de lograrlo, sino que vive e influye sólo cuando es realmente poesía, es decir, cuando crea símbolos.

(397)

Es algo singular la tradición, es un misterio, casi un sacramento. Conocemos una tradición, la vinculamos de momento a nombres, direcciones, programas, la seguimos por cierto tiempo y vemos luego, con lo años y decenios, que detrás de todos esos nombres y direcciones, tal vez tiempo ha

borrados, hay un secreto una herencia anónima que no sólo remonta al romanticismo o a Goethe, o a la Edad Media, o a la Antigüedad, sino hasta las más viejas mitologías y concepciones de los pueblos, y que es lo bastante amplia para incluir los mayores contrastes en las personas y en los programas, menos una cosa: la voluntad incondicional e inequívoca de renovación.

(398)

Muchos literatos y diletantes alemanes y suizos gustan de proceder como si la creación literaria fuera algo así como la expectoración y la digestión, algo que realiza de modo instintivo, sin que

intervengan la voluntad y la razón. Esto, además de ser estúpido y falso, trae funestas consecuencias para nuestra literatura, que sabe Dios no es demasiado rica.

(399)

Las caricaturas deben ser geniales, las malas no tienen justificación.

(400)

Los literatos tenemos la misión, entre otras, de expresar los sufrimientos de los hombres de nuestro tiempo, y esto sólo podemos hacerlo conociendo tales sufrimientos, no de oídas, sino por propia experiencia. Sea que lo

expresemos en forma patética o sentimental, quejumbrosa o humorística o acusatoria, es necesario y debe servir de pequeña ayuda a la humanidad en su inseguro e infantil caminar por la vía evolutiva. La magnitud del sufrimiento actual provoca una solidaridad que abraza a todos los pueblos y todas las formas de existencia. Lo insoportable ha de expresarse en palabras para poder ser, acaso, superado.

(401)

El poeta que se dedica a escoger y colocar en medio de un mundo que mañana puede quedar destruido, hace exactamente igual que las anémonas,

prímulas y otras flores que ahora se abren en todas las praderas. En medio de un mundo que acaso anegado en gas venenoso, ellas forman cuidadosamente sus hojitas y cálices, con cinco o cuatro o siete pétalos, regulares o dentados, todos igualmente bellos.

(402)

El arte y la poesía miran a estimular la vida y ayudan a vivir, y cuando lo logran, la vida y el vigor refluyen del lector al creador.

(403)

El respeto a la poesía, y un cierto respeto también al poeta, es ingrediente

necesario para un vivir humana aunque hoy pocos lo saben y practican. Pero el reino del espíritu y de lo bello es un todo, y que el poeta exprese un pensamiento realmente nuevo es casi imposible: toma del tesoro de milenios, y no sólo cuando lo hace a sabiendas e intencionadamente, sino también cuando no lo sabe.

(404)

Cuando el literato sale a la luz pública y alcanza celebridad, la relación entre él y el mundo se resuelve casi exclusivamente en malentendidos.

(405)

La ciencia es negocio o es divertimento (de esto sabían ya mucho Kant y Hegel y la filosofía toda, que siempre ha rehusado transferir a la vida sus productos mentales). La literatura es entretenimiento, juego, charlatanería, bolsa de negocio y de vanidad... Falta en todas partes la base de una moral y santidad, de un aspirar en serio a valores suprapersonales. Todos trabajan, luchan, piensan y politizan para sí, para sus personas, su gloria y su partido. En lugar de ello, el trabajo y el esfuerzo espiritual y los logros de todos deberían desembocar en una única corriente que pertenece a la humanidad y

donde el acierto o el error del individuo se resuelven sin más en el anonimato.

(406)

Los científicos siempre han olvidado en sus odres nuevos de vino viejo, mientras que los artistas —sin preocuparse de ciertos errores externos— han sido consuelo y alegría para muchos. Es la antigua y desigual lucha entre crítica y creación, entre ciencia y arte, en la que la primera siempre tiene razón, sin que sirva de mucho, pero la segunda arroja las semillas de la fe, del amor, del consuelo, de la belleza y del barrunto de eternidad, y encuentra siempre el suelo firme. Pues la vida es más fuerte que la

muerte, y la fe más poderosa que la duda.

(407)

El que trata de expresar como literato su relación con el mundo pluriforme, polifacético, dispone de mucho mejores y más adecuados caminos que quien lo hace por vías puramente intelectuales.

(408)

Muchas veces me he preguntado por qué, en general, se escriben sobre literatura cosas tan peregrinas, tan improcedentes y desorientadoras. La respuesta es que la crítica no conoce, en general, el contenido de la creación

literaria, Toda literatura que merezca este nombre no posee otro contenido que el alma como vibración del yo en el tiempo. Pero la crítica suele pensar que la literatura se propone o tiene que enseñar, debe ofrecer modelos de vida, estudios de caracteres, exploraciones de una vocación, el medio ambiente, etc., todo lo cual es accesorio y casi siempre azaroso. Para ningún auténtico literato se da una «selección de material». Pero este punto es siempre objeto de crítica, mientras que nadie pregunta a un tenor por qué no canta de bajo.

(409)

Quando            puedo            escoger            entre

investigación filológica sobria y fría, y un ensayo donde sólo hay calor y entusiasmo, prefiero lo primero. Toda ciencia es valiosa cuando permanece en su terreno y no toma prestado de otras provincias del espíritu.

(410)

Lo que un literato escribe espontáneamente, sin instigación externa, suele ser mejor que lo que hace con miras a determinados objetivos.

(411)

Los directores de publicaciones son siempre hostiles al escritor, aunque no lo den a entender: lo que escribimos les

interesa poco. Prefieren que escribamos lo que ellos nos sugieren.

(412)

Para poder vivir de la producción literaria hace falta o bien éxitos extraordinarios o descender al periodismo o, si no, organizar una empresa de escritores.

(413)

Ganarse el pan con la pluma es más difícil que cualquier otra cosa, y echa a perder el talento, caso de existir.

(414)

# Felicidad

La felicidad es un cómo, no un qué; un talento, no un objeto.

(415)

Sólo hay felicidad si nada exigimos del mañana y aceptamos del hoy, con gratitud, lo que nos trae. La hora mágica llega siempre.

(416)

Poder rebajarse por un momento, poder sacrificar años por la sonrisa de una

mujer: eso es felicidad.

(417)

La felicidad nada tiene que ver con la *ratio* ni con la moral, es por esencia algo mágico, perteneciente a una etapa humana ancestral, infantil. La criatura feliz, regalada por las hadas, mimada por los dioses, no es un objeto para el análisis racional, es un símbolo y está más allá de lo personal y lo histórico. Hay, con todo, personas privilegiadas cuya vida es inconcebible sin «felicidad», aunque ésta sólo consista en que entre ellas y sus tareas se da una perfecta armonización en lo histórico y biográfico, en no haber nacido

demasiado pronto ni demasiado tarde.

(418)

El hombre exige perentoriamente la felicidad y, sin embargo, no la soporta mucho tiempo.

(419)

La infelicidad se convierte en felicidad cuando es asumida.

(420)

# Amor

Cuanta menos fe tengo, globalmente, en nuestro tiempo, cuanto más creo ver degenerar y marchitarse a la humanidad, tanto menos pienso en la revolución como remedio a esta decadencia y tanto más creo en la magia del amor.

(421)

En perspectiva hindú, es decir, en la línea de los Upanishads y de toda la filosofía prebudista, mi prójimo no es sólo «un hombre como yo» sino que es

yo, es uno conmigo, pues la separación entre él y yo, entre yo y tú es ilusión, *maya*. En esta interpretación se agota todo el sentido ético del amor al prójimo. Quien ha visto que el mundo es una unidad, comprende con claridad meridiana que es absurdo causar daño a las partes y miembros de este Todo.

(422)

El hombre no es capaz de amar nada de la forma en que se ama a sí mismo. El hombre no puede temer nada en la medida que se teme a sí mismo. Junto a las otras mitologías, mandamientos y religiones del hombre primitivo, nació también ese extraño sistema invertido y

falaz, según el cual el amor del individuo a sí mismo, que es la base del amor, es ilícito y pecaminoso y el hombre tuvo que disimularlo, ocultarlo y enmascararlo. Amar a otro se consideró mejor, más ético, más noble que amarse a sí mismo. Y como quiera que el amor propio era el impulso primigenio y el amor al prójimo nunca podía prender al margen del primero, se inventó un amor a sí mismo enmascarado, sublimado, estilizado en una especie de amor al prójimo en reciprocidad. Así se hizo de la familia, la tribu, la aldea, la comunidad religiosa, el pueblo y la nación algo sagrado.

(423)

El mandamiento del amor, sea dictado por Jesús o sea dictado por Goethe, este mandamiento ha sido muy mal comprendido por el mundo. Ante todo, no se trata de ningún mandamiento. No existen mandamientos. Los mandamientos vienen a ser verdades que el sabio adapta para ponerlas al alcance del ignorante, o son las verdades según las concibe y siente el ignorante. Los mandamientos vienen a ser verdades mal comprendidas. El fundamento de toda verdad es: la dicha viene sólo del amor. Si yo digo «ama a tu prójimo», ya es una doctrina falseada. Tal vez sería mucho más correcto decir: «amate a ti mismo

como a tu prójimo». Y tal vez el error originario fue querer empezar siempre con el prójimo.

(424)

Debemos mantener nuestro amor todo lo libre que podamos, a fin de poder brindarlo en cualquier momento. Los objetos a los que nos entregamos solemos sobrevalorarlos, y de ahí se origina mucho sufrimiento.

(425)

Lo que en el plano del pensamiento y del arte constituye mi ventaja, en la vida práctica me acarrea muchas veces dificultades, en especial con mujeres: no

puedo fijar mi amor, no puedo amar una sola cosa o persona, sino que tengo que amar la vida y el amor, en general.

(426)

Justo los buenos artistas y poetas suelen ser con frecuencia apasionados amantes, pero rara vez buenos esposos. Pues el artista vive ante todo para su obra. No tiene más amor que los demás para dar, sino más bien menos, puesto que la obra le reclama gran parte de él.

(427)

Sin personalidad no hay amor, no hay amor realmente profundo.

(428)

El amor hace sufrir, pero cuanto más rendidamente se padece más fuertes nos hace.

(429)

Todos sabemos por experiencia lo fácil que es enamorarse, y lo difícil y lo bello que es amar realmente. El amor, al igual que todos los auténticos valores no se puede comprar. Hay un placer venal, mas no un amor venal.

(430)

Usted podrá tener siempre todo aquello que se puede comprar con dinero, pero estará condenado a ver cómo precisamente lo mejor, lo más bello, lo

más apetecible no se puede comprar con dinero. Lo mejor, lo más bello, lo más apetecible del mundo sólo puede pagarse con la propia alma, lo mismo que el amor no puede comprarse, y si alguien posee un alma no pura, no capaz del bien o al menos de creer en el bien, tampoco poseerá sensibilidad suficiente para lo mejor y más noble, y tendrá que contentarse para siempre con la imagen empedregada, ajada, borrosa, del mundo que sus pensamientos, para propia tortura y pobreza, se han forjado.

(431)

El mal surge siempre cuando no hay bastante amor.

(432)

Poder amar algo: ¡qué liberación!

(433)

La sinceridad es cosa buena, pero nada vale sin el amor. Amor es capacidad para sobreponerse, para comprender, para sonreír en el dolor.

(434)

La contemplación no es examen o crítica, es nada más que amor. Es el supremo y más deseable estado de nuestra alma: amor desinteresado sin apetencias.

(435)

Las resistencias al reconocimiento del amor corporal son las que provocan la mayoría de las neurosis y las que dan lugar también, casi siempre, a un general fingimiento, de noble apariencia, pero de efectos perniciosos en las otras dimensiones de la vida, por ejemplo en el plano patriótico y político.

(436)

Toda persona es amable si tiene oportunidad de hablar realmente.

(437)

# Muerte

Los difuntos permanecen vivos entre nosotros, con lo esencial de sus influjos, mientras nosotros mismos sigamos viviendo. A veces podemos incluso hablar mejor con ellos, deliberar y pedirles consejo mejor que a los vivos.

(438)

La llamada de la muerte es también llamada de la vida. La muerte resulta dulce si la afirmamos, si la asumimos como una de las grandes y eternas

formas de la vida y de la transmutación.  
(439)

No debemos tratar de retener o copiar lo pasado, sino vivir lo nuevo con capacidad de cambio. Por eso el luto como un aferrarse a lo perdido no es bueno ni va en el sentido de la verdadera vida.

(440)

Yo soy de la creencia de que no vamos hacia la nada, como también creo que nuestro trabajo y nuestros desvelos en torno a lo que me parecía bueno y justo no ha sido en vano, Pero sobre la forma en que el todo y las partes perduran y se

mantienen puedo fantasear a veces, mas no aceptar una opinión dogmática. La fe es un confiar, no un saber.

(441)

Morir es ingresar en el inconsciente colectivo, perderse en él, para transmutarse en forma, en Forma pura.

(442)

Con la muerte sigo manteniendo la misma relación de antaño, no la odio ni la temo. Si tratara de averiguar con quién y con qué me apetecería más relacionarme, aparte de mi mujer y mis hijos, resultaría que era con muertos, con muertos de siglos: músicos, poetas,

pintores. Su alma, recreada en sus obras, sigue viviendo y es para mí más presente y real que la mayoría de mis contemporáneos. Y otro tanto me ocurre con los muertos que he conocido en vida, que he amado y «perdido»: mis padres y hermanos, mis amigos de juventud; ellos forman parte de mi persona y mi vida, hoy igual que cuando vivían; los recuerdo, sueño con ellos y cuento con ellos en mi vida diaria.

La relación con la muerte no es, pues, una quimera ni una bella fantasía, sino que es real y forma parte de mi vida. Experimento, por supuesto, la tristeza de la caducidad, la puedo sentir en cada flor que se marchita. Pero es una tristeza

sin desesperación.

(443)

Hacen bien los que creen en un reencuentro bajo una forma de existencia diferente. Los demás tenemos que contentarnos con la experiencia de que el ser querido puede seguir estando más presente y más vivo que todas las personas vivas. A ratos, sólo por momentos, pero ellos son nuestros mejores acompañantes.

(444)

Como todos van desapareciendo poco a poco y al final uno tiene más parientes y amigos en el «más allá» que aquí, se le

va despertando la curiosidad por el más allá y pierde el miedo que siente todo el que se encuentra aún firmemente instalado.

(445)

# Juventud y vejez

Nunca me ha resultado simpático destacar u organizar la juventud; jóvenes y viejos se dan sólo entre personas adocenadas; todas las personas inteligentes y diferenciadas son unas veces viejas, otras jóvenes, como ora están alegres, ora tristes.

(446)

Lo que a mí me repugna desde hace decenios es, en primer lugar, la estúpida idolatría de la juventud y de lo juvenil,

tal como se da, por ejemplo, en América; y luego, sobre todo, la instauración de la juventud como estamento, como clase, como «movimiento».

(447)

Es una vieja frase mía: el hombre vive lo más importante de su vida antes de los quince años.

(448)

Una trayectoria vital puede parecer muy determinada por ciertas situaciones, pero lleva siempre en sí todas las posibilidades de vida y de cambio de que la persona misma es capaz. Y éstas

son tanto mayores cuanto mayor dosis de niñez, gratitud y capacidad de amar poseamos.

(449)

Con la autolimitación de la vida profesional y la madurez no debemos enterrar la juventud. «Juventud» es todo lo que hay de niño en nosotros, y cuanto mayor sea su cuantía tanto mis ricos podemos ser en nuestra vida de adultos.

(450)

Casi todas las personas algo individualizadas conservan cicatrices en el alma de los años infantiles, y hay toda una serie de procedimientos, aparte del

psicoanálisis, para su tratamiento. Uno de ellos es la religión, y otro es cualquier sucedáneo de la religión, por ejemplo pertenecer a un partido.

(451)

Al madurar nos hacemos más jóvenes. A mí también me ha pasado esto, aunque en mi caso no significa mucho, pues siempre he mantenido en el fondo el sentimiento vital de mis años infantiles, y la madurez y el ir para viejo lo he sentido como una especie de comedia.

(452)

Yo no puedo admitir que un joven sea más que un niño o un adulto más que un

joven; de otro modo el anciano será más que el adulto y, en fin, un «consumado», un muerto, más que un vivo. Nunca me ha convencido esto. Por eso todos los hechos y fenómenos que he podido observar y comprender han sido para mí igualmente valiosos y singulares. Y así describo con el mismo gusto a un anciano como a un niño, pinto un atardecer de noviembre con tanto placer como una tormenta estival, y casi un animal o un árbol con tanta complacencia como una persona.

(453)

Los mayores no debemos contradecir ni hacer el vacío nueva juventud, sino

tratar de comprenderla y, a ser posible, amarla.

(454)

Los jóvenes no tienen la misión de justificarse a los adultos, sino de abrirse paso y liberarse de todo lo anticuado, corrompido, entorpecedor. El hecho de que ellos ingresen en unas escuelas por cuya erección otros han luchado y se han dejado la vida, de que sean herederos y más tarde tendrán que tenerlo en cuenta, todo esto no hace al caso y nada representa frente a este sentimiento: nosotros estamos aquí, somos jóvenes, queremos lo bueno, lo mejor, lo único. Que otros en su tiempo sintieran lo

mismo, que muchos de ellos hayan permanecido fieles y con el cabello cano puedan aún mirar confiados a las estrellas, que los mayores, bien o mal, no de buen grado precisamente, hagamos sitio y reconozcamos nuestro declive, ponderar todo esto, ser justos en esto, guardar moderación en aquello, no herir inútilmente en lo de más allá, todo eso no es tarea de la juventud. En nosotros está no sólo practicar esa moderación y esa justicia, sino también adivinar el presente en gestación y otorgarle sus derechos, aunque pase por encima de nuestras tumbas.

(455)

Envejecer de un modo humano y mantener la actitud o la sabiduría que corresponde a nuestra edad es un arte difícil; por lo general, nuestra alma se adelanta o se retrasa en relación al cuerpo, y a corregir estas diferencias contribuyen esas sacudidas del sentimiento vital íntimo, esos estremecimientos en las raíces que nos sobrecogen en los trances de la vida y en las enfermedades. A mí me parece que frente a tales situaciones debemos sentirnos pequeños, al modo como los niños recurren al llanto y a la debilidad como el mejor medio para recuperar el equilibrio después de haber sufrido un

contratiempo.

(456)

Madurar para el sufrimiento y la muerte, es la tarea de la vejez. Entusiasmarse, vibrar, excitarse, es el talante de la juventud. Una y otra pueden estimarse mutuamente y hacer amistad, pero hablan lenguajes diferentes.

(457)

Uno, al hacerse viejo, tiende a considerar los fenómenos morales, los extravíos y degeneraciones de los hombres y los pueblos como caprichos de la naturaleza, con lo cual le queda a uno, al menos, el consuelo de que

después de cada catástrofe vuelve a nacer la hierba y botar las flores, y tras cada aberración, los pueblos recuperan ciertos sentimientos morales que parecen comportar pese a todo, una cierta normativa y estabilidad.

(458)

Quien ha llegado a viejo y tiene conciencia de ello, podrá observar cómo, pese al declinar de las fuerzas y facultades, hay una vida que sigue creciendo y complicando con cada año la infinita red de sus relaciones y engarces, y cómo, mientras se mantiene despierta la memoria, nada se pierde del pasado y de lo transitorio.

(459)

Qué sería de nosotros, los viejos, si no poseyéramos ese libro ilustrado que es el recuerdo, el tesoro de lo vivido. Algo desolador y mísero. Pero así somos ricos, y no sólo llevamos un cuerpo gastado camino del fin y del olvido, sino que somos también portadores de este tesoro que se mantiene vivo y nos ilumina hasta el último aliento.

(460)

# Nota editorial

La favorable acogida, inesperadamente entusiasta y amistosa, que ha hallado entre los lectores la antología de Hermann Hesse *Lecturas para minutos*, expresión quintaesenciada de su pensamiento y experiencia, nos ha movido a confeccionar un segundo tomo con el nuevo material descubierto en nuestra labor editora de los últimos tres años.

También esta vez han sido principalmente las cartas de Hermann

Hesse las que han ofrecido el más variado muestrario de textos lacónicos e incisivos. Numerosos extractos de artículos sueltos, de crítica y ensayo, diseminados en diarios y revistas y no recogidas hasta ahora en forma de libro, así como algunas adiciones de las novelas y cuentos de Hesse considerados en la primera parte de *Lecturas para minutos*, vienen a completar este volumen.

Se ha mantenido la articulación temática no sólo por razones de unidad formal, sino porque la anterior distribución conserva su validez para el nuevo fondo acumulado. Así, junto a los pensamientos sobre la propia

especialidad, la situación y el quehacer de artista como individuo marcado y comprometido al máximo, aparecen también aquí reflexiones sobre política y sociedad, en proporción cuantitativa casi equivalente, pues estos campos para Hesse no se excluyen en modo alguno sino que se condicionan mutuamente. Su obra poética es —según hemos comprobado cada vez con más claridad en el curso de nuestras ediciones póstumas— reflejo exacto, traducido a imagen, de un intelecto agudo y crítico que se ha expresado en casi 35 000 respuestas a cartas y en una obra de crítica cultural y contemporánea lamentablemente poco conocida y

considerada, pues hasta hoy sólo pudo aparecer alrededor de la décima parte en forma de libro.

El pensamiento, la vida y la obra poética constituyen una única ecuación. Sus elementos, aislados en los dos tomos de *Lecturas para minutos*, se combinan entre sí como en un mosaico cuya totalidad compone el retrato de un hombre que, al expresarse íntegramente, se ajusta al mismo tiempo a las leyes psicológicas de lo universal. Así, muchos aparentes antagonismos no resultan ser contradicciones sino complementos, como polaridades dialécticas de una misma realidad. En este campo de tensiones se desenvuelve,

según Hesse, todo lo viviente. En su modelo de *El juego de los abalorios* aparece esto llevado a la práctica de modo sistemático: «En cierta escuela de arte dramático —leemos en esta novela —, un ejercicio favorito era yuxtaponer, enfrentar y finalmente conjugar de modo armónico dos ideas opuestas, como ley y libertad, individuo y comunidad, y se otorgaba gran valor, en tal juego, a la exposición perfectamente equilibrada e imparcial de los temas y las proposiciones y a la elaboración de la síntesis, con la mayor pureza posible, desde la tesis y la antítesis».

Ojalá esta recopilación, con sus tesis y antítesis, pueda ser una ayuda

para todos aquellos que no están en condiciones de seleccionar y sintetizar por sí mismos la crítica de la época y las alternativas de un escritor con producción literaria tan compleja, y prefieren el rodeo de la formulación más o menos abstracta.

Frankfurt, marzo 1975

*V. M.*

# Fuentes

*Beschwörungen*, 297, 367.

*Betrachtungen*, 83, 247, 250, 313, 354, 368, 431, 435.

*Ausgewählte Briefe*, 37, 48, 70, 100, 102, 166, 226, 241, 251, 252, 258, 261, 316, 363, 397, 401, 421, 456.

*Gesammelte Briefe Bd. I (1895-1921)*, 25, 41, 47, 49, 53, 54, 62, 75, 129, 141, 143, 145, 193, 200, 205, 268, 299, 325, 415, 450.

*Briefwechsel, Hesse-Thomas Mann*, 52, 79, 445.

*Briefwechsel. Hesse-Peter Suhrkamp,*  
127.

*Cartas, inéditas* (edición en  
preparación), 1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 10, 11,  
13, 15, 16, 18, 21, 26, 27, 28, 29, 30,  
31, 32, 33, 34, 36, 38, 39, 44, 45, 46,  
50, 51, 55, 56, 57, 58, 59, 60. 63, 64,  
65, 67, 68, 72, 73, 74, 76, 77, 78, 79,  
80, 81, 82, 84, 89, 90, 91, 93, 95, 101,  
103, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112,  
113, 114, 116, 117, 119, 120, 124, 128,  
131, 135, 137, 138, 139, 140, 142, 146,  
147, 150, 151, 157, 160, 161, 163, 164,  
165, 168, 169, 171, 176, 178, 182, 183,  
184, 185, 186, 188, 195, 196, 197, 203,  
206, 212, 213, 214, 216, 217, 218, 219,  
220, 223, 227, 228, 230, 231, 233, 234,

235, 238, 239, 242, 246, 248, 253, 254,  
256, 257, 265, 269, 271, 276, 282, 283,  
284, 285, 290, 292, 304, 310, 318, 320,  
327, 330, 331, 333, 337, 341. 343, 344,  
345, 346, 348, 356, 357, 359, 360, 361,  
364, 365, 366, 370, 373, 376, 377, 379,  
382, 387, 388, 391, 393, 395, 398, 399,  
400, 402, 403, 404, 405, 408, 409, 410,  
411, 413, 414, 416, 422, 425, 426, 427,  
428, 429, 432, 436, 438, 439, 440, 441,  
443, 444, 446, 447, 448, 449, 451, 452,  
433, 457, 458, 460.

*Demian*, 134, 155, 156.

*Diesseits*, 417.

*Eigensinn*, 17, 211, 263, 317, 352, 358,  
406, 423, 424.

*Die Erzählungen*, 244, 300, 302.

*Gedenkblätter*, 273, 298.

*Gertrud*, 136, 371.

*Das Glasperlenspiel*, 94, 153, 154, 162, 167, 179, 180, 190, 267, 418.

*Klingsors letzter Sommer (Klein und Wagner)*, 24, 215, 433.

*Knulp*, 177.

*Krieg und Frieden*, 2, 23, 35, 69, 87, 114, 152, 170, 172, 173, 174, 192, 204, 207, 419, 434.

*Die Kunst des Müssiggangs*, 118, 121, 187, 281, 308, 329, 430.

*Kurgast*, 236, 401.

*Hermann Lauscher*, 309.

*Eine Literaturgeschichte in Rezensionen und Aufsätzen (bzw. Schriften zur Literatur Bd. 2)*, 105, 115,

202, 264, 272, 286, 287, 322, 347, 349,  
351, 420.

*Märchen*, 133, 243.

*Narziss und Goldmund*, 270.

*Neue deutsche Bücher* (Literaturbericht  
für Bonniers Literära Magasin, 1935-  
1936), 249.

*Prosa y folletines póstumos*, inéditos, 9,  
14, 22, 40, 42, 85, 92, 96, 122, 123,  
125, 126, 148, 159, 189, 199, 201, 208,  
229, 240, 245, 266, 275, 291, 294, 296,  
312, 315, 323, 324, 326, 328, 335, 338,  
340, 342, 369, 372, 378, 383, 384, 389,  
396, 442, 459.

*Recensiones póstumas*, inéditas, 12, 19,  
20, 61, 66, 71, 86, 88, 97, 98, 99, 104,  
105, 132, 158, 175, 191, 210, 221, 222,

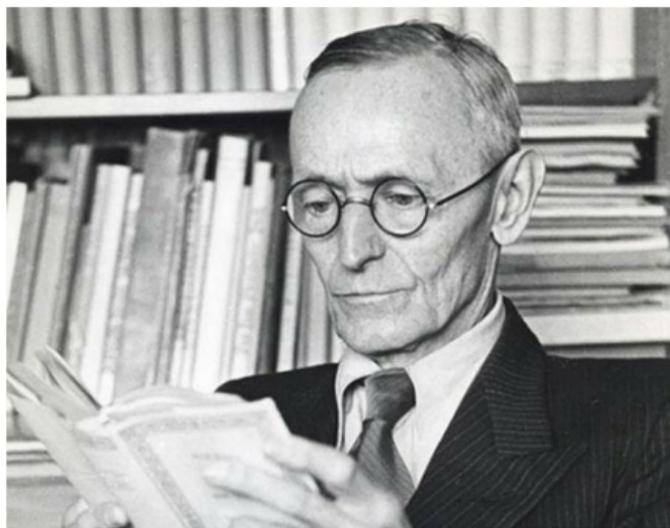
224, 225, 232, 255, 259, 260, 274, 277,  
278, 280, 288, 289, 293, 303, 306, 311,  
314, 319, 321, 332, 334, 336, 339, 350,  
355, 362, 374, 380, 381, 385, 386, 390,  
392, 394, 437, 454, 455.

*Shidhartha*, 43, 149, 198, 262, 305,  
307.

*Der vierte Lebenslauf Josef Knechts*,  
353, 375.

*Untern Rad*, 194, 407.

*Wanderung*, 181, 209.



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo

oriental y la búsqueda del propio yo.

Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela *Bajo las ruedas* (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, *Peter Camenzind* (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola,

Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. *Demian* (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de

sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, *Viaje al Este* (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. *Siddharta* (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada

en la vida del joven Buda. *El lobo estepario* (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior *Narciso y Goldmundo* (1930). La última novela de Hesse, *El juego de abalorios* (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el

Premio Nobel de Literatura en 1946,  
murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.